



**Siempre vivo: la incidencia de la muerte violenta de la figura paterna en el conflicto urbano  
en Medellín**

Paulina Mesa Loaiza

Trabajo de grado presentado para optar al título de Periodista

Tutor

Juan Carlos Pimienta Mesa, Antropólogo

Universidad de Antioquia  
Facultad de Comunicaciones y Filología

Periodismo

Medellín, Antioquia, Colombia

2022

<b>Cita</b>	(Mesa Loaiza, 2022)
<b>Referencia</b>	Mesa Loaiza, P. (2022). <i>Siempre vivo: la incidencia de la muerte violenta de la figura paterna en el conflicto urbano en Medellín</i> [Trabajo de grado profesional]. Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.
<b>Estilo APA 7 (2020)</b>	



Biblioteca Carlos Gaviria Díaz

**Repositorio Institucional:** <http://bibliotecadigital.udea.edu.co>

Universidad de Antioquia - [www.udea.edu.co](http://www.udea.edu.co)

**Rector:** John Jairo Arboleda Céspedes.

**Decano/Director:** Edwin Carvajal Córdoba.

**Jefe departamento:** Juan David Rodas.

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión de los autores y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad de Antioquia ni desata su responsabilidad frente a terceros. Los autores asumen la responsabilidad por los derechos de autor y conexos.

## Tabla de contenido

Resumen.....	5
Abstract.....	6
Introducción .....	7
Objetivos.....	10
1.1 Objetivo general .....	10
1.2 Objetivos específicos .....	10
Referentes conceptuales.....	11
2.1 Conflicto urbano en Medellín.....	11
2.2 Muerte violenta.....	16
2.3 Venganza.....	17
2.4 Resiliencia .....	19
2.5 Padre .....	21
Metodología .....	23
Resultados .....	25
La esperanza de Piedad.....	25
Prohibido llorar.....	35
Las muertes de papá.....	43
Referencias.....	58

## **Siglas, acrónimos y abreviaturas**

<b>UdeA</b>	Universidad de Antioquia
<b>Farc</b>	Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia
<b>Eln</b>	Ejército de Liberación Nacional
<b>Epl</b>	Ejército Popular de Liberación
<b>Auc</b>	Autodefensas Unidas de Colombia
<b>Accu</b>	Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá
<b>M-19</b>	Movimiento 19 de abril
<b>MPPP</b>	Milicias Populares del Pueblo y para el Pueblo

## Resumen

En Medellín el control territorial ejercido por diversos actores armados como las milicias, el paramilitarismo, y los narcotraficantes, además de la consolidación de estructuras criminales, produjo altos índices de violencia en el territorio, siendo los hombres las principales víctimas directas; esto, a su vez, provocó que la figura paterna, entendida también como construcción social, fuera un vacío dentro de la sociedad que emergía. Este trabajo tiene como objetivo explorar a través de tres reportajes escritos, la incidencia de la muerte violenta de la figura paterna en las dinámicas de las víctimas en el conflicto urbano en el Área Metropolitana en los últimos treinta años. Por medio de una investigación cualitativa se exploran los testimonios de personas que perdieron de forma violenta esa figura. Las historias se conectan gracias al contexto de violencia que se presentó en la ciudad; además, se analizan las respuestas frente a un mismo hecho victimizante y cómo inciden o no en las dinámicas del conflicto urbano en la ciudad.

*Palabras clave:* Medellín, figura paterna, conflicto urbano, muerte violenta, reportaje, narcotráfico, duelo.

### **Abstract**

In Medellín, the territorial control maintained by various armed actors such as the militias, paramilitaries, and drug traffickers, in addition to the consolidation of other criminal structures, produced high rates of violence in the territory, with men as the main victim of the conflict; this caused the father figure, also understood as a social construction, to be a void within the emerging society. This work aims to explore, through three written reports, the incidence of the violent death of the father figure in the dynamics of the victims in the urban conflict in the Metropolitan Area in the last thirty years. Through qualitative research, the testimonies of people who violently lost that figure are explored. The stories are connected through the context of violence that occurred in the city; Additionally, the responses to the same victimizing act are analyzed and how they affect or not the dynamics of the urban conflict in the city.

*Keywords:* scientific article, review article, research, citation styles

## Introducción

Algunos analistas explican el concepto de conflicto urbano como los problemas que se pueden generar en medio del crecimiento de las ciudades debido a las interacciones entre las personas (Balbín, 2009); pero generalmente el concepto es relacionado directamente con la violencia que se presenta en la ciudad.

Vilma Franco, citada por Balbín (2009), elaboró una tipología del conflicto distribuida en cinco campos. El número cinco se refiere a una conflictividad en torno al territorio, la que se desenvuelve de dos maneras: por la apropiación del suelo urbano por parte de desplazados y por el control territorial ejercido por grupos armados.

La apropiación del suelo urbano ha estado vinculada a dos grandes ciclos de violencia. Estos produjeron, principalmente, desplazamiento forzado; y a la vez, un aumento de conflictividad en las ciudades. El primer ciclo de violencia, comprendido entre 1948 y 1957, produjo miles de desplazados que tuvieron que moverse hacia las principales ciudades de Colombia -entre ellas Medellín- y comenzaron a asentarse en lo que hoy se conoce como el área metropolitana: Bello, Itagüí, Envigado. El segundo ciclo comprende los años 80, 90 y principios del 2000. Durante este periodo se incrementaron los procesos migratorios. Balbín (2009) indica que estos ciclos de violencia produjeron que personas del campo pasaran a vivir en las periferias de las ciudades de una manera conflictiva, pues, en algunos casos, se apropiaron del suelo urbano mediante la invasión de terrenos.

El control territorial ejercido por grupos armados es el segundo factor que ha desencadenado el conflicto urbano. Para Balbín (2009) en Medellín se han presentado alrededor de cuatro ciclos de violencia por el control territorial a partir de los años 80. El primero tiene que ver con el surgimiento de bandas promovidas por el narcotráfico; luego llegaron las milicias en los años 90. La ciudad estaba dividida en grandes bandas que la dominaban como Los Triana, La Terraza, La Cañada, El Combo de Frank, Los Mondongueros, entre otros. En 1993 muere Pablo Escobar, pero el narcotráfico siguió vigente en la ciudad. En 1998 el paramilitarismo hace una fuerte presencia en las ciudades. En los años posteriores se hacen negociaciones con algunos grupos armados como el Bloque Cacique Nutibara y el bloque Héroes de Granada. Aun así, se siguen presentando estructuras criminales como “La Oficina”.

Estos grupos armados que se presentaron en diferentes épocas querían el control de la zona, lo que produjo relaciones conflictivas, para esto “en muchos sectores, los grupos armados (bandas, milicias, paramilitares, etc.) pretextaron la prestación del ‘servicio de seguridad’ para justificar la presencia en el territorio, para ‘limpiar’ el territorio de la presencia del otro” (Balbín, 2009, p. 26).

Según las cifras del Observatorio de la Vicepresidencia de la República, citadas por Balbín (2009), en el año 1991 se presentó el pico de incremento de homicidios en Medellín y el Valle de Aburrá. En Medellín se presentaron 6349 homicidios ese año (Balbín, 2009). Para 1999, la ciudad registró, entre enero y mayo, 1432 homicidios. Y según el reporte del Sistema de Información para la Seguridad y la Convivencia -SISC- hasta el mes de agosto del 2018, la ciudad registró 402 muertes violentas, siendo 380 hombres.

La familia como estructura fundante y elemental de la sociedad, es una de las primeras y principales afectadas a causa de la guerra en la cual los actores armados buscan de manera intencional generar la ruptura de todo tejido social. Esta ruptura puede tener como consecuencia el que queden niños solos y desprotegidos, vulnerables al reclutamiento, la prostitución y la venganza. (Marín, 2012, p. 27)

Estas dinámicas de violencia han dejado a gran parte de la población sin padre. Pero, ¿qué se entiende por padre? En la monografía de grado titulada Desaparición forzada de padre: una ausencia que se hace presente (Ocampo, 2015), se trata de abordar el entendimiento de la paternidad como un factor biológico y también como una construcción social. Por eso hace referencia a Luis Bonino (2003) quien menciona que la “paternidad como una construcción cultural, que no necesariamente está relacionada con factores biológicos, lleva a que el lugar que se le asigne al padre esté mediado por las ideas de la función paterna que se tenga en una comunidad determinada” (Ocampo, 2015., p. 30).

Esto significa que las relaciones paternas se pueden dar siempre y cuando “padre” e “hijo” se reconozcan como tal y puedan establecer una correspondencia; es decir, que no necesariamente debe existir un factor biológico, pues esas relaciones paternas se pueden dar entre dos personas con un vínculo familiar diferente o sin relación filial. El padre puede estar representado en la figura de un tío, un hermano, un amigo o un vecino, siempre y cuando esa figura cumpla, como menciona Ocampo (2015), con los componentes necesarios para esa relación en una sociedad determinada;

por ejemplo, las necesidades de control, alegría, cuidado directo y la responsabilidad paternal, funciones básicas para que un hombre sea reconocido como un padre en nuestro medio.

El padre es entonces responsable de gran parte del desarrollo de los niños y jóvenes; por eso, la pérdida del padre en una ciudad como Medellín, donde se siguen presenciando diferentes dinámicas de violencia, trae múltiples consecuencias a nivel familiar, social y económico. “La incidencia que tiene la ausencia física y emocional del padre, o su presencia agresiva, puede perpetuar la violencia, la delincuencia, el sicariato y demás figuras de terror en nuestro país, y en la descomposición del sistema social” (Botero, 2008., p. 62).

La pérdida del padre eventualmente puede ocasionar múltiples problemas sociales como la temprana incursión en bandas, drogadicción, sentimientos de abandono, desintegración del núcleo familiar tradicional y conductas delincuenciales. Aunque la mayoría de los autores expongan respuestas negativas frente a este tipo de situaciones, es claro que el panorama es mucho más diverso y que existen múltiples formas de afrontar el duelo; no necesariamente se presentan respuestas violentas y en muchas ocasiones el círculo familiar no se deteriora.

Se realizó una búsqueda en la biblioteca central de la Universidad de Antioquia Carlos Gaviria Díaz de los trabajos que se hubiesen realizado frente a esta problemática. Para el concepto de padre o ausencia del padre se seleccionaron inicialmente 9 trabajos, entre ellos monografías y artículos de revista que hablaban sobre la significación de la figura paterna y las consecuencias de la pérdida del padre, pero no abordan directamente el foco de esta investigación. Los 9 trabajos son abordados desde la psicología y de estos se revisaron 4 trabajos.

Esta investigación tiene como propósito explorar la incidencia que tiene en las víctimas la muerte del padre por motivos violentos en el marco del conflicto urbano en la ciudad de Medellín en los últimos 30 años. Profundizar en las consecuencias que este acto violento contra la figura paterna puede desencadenar, ya sea el desarrollo de la venganza, de la resiliencia o de cualquier otra respuesta. Esto se trata de evidenciar por medio de un gran reportaje escrito donde las historias darán cuenta de las consecuencias de la pérdida del padre. Estas historias van a estar conectadas por el contexto de violencia de la ciudad a través de los últimos 30 años.

## **Objetivos**

### **1.1 Objetivo general**

Explorar, a través de un gran reportaje escrito, la incidencia de la muerte violenta del padre en las dinámicas de las víctimas en el conflicto urbano en el Área Metropolitana en los últimos 30 años.

### **1.2 Objetivos específicos**

- Profundizar en el marco conceptual general sobre conflicto urbano, violencia urbana, guerra urbana, padre, venganza, justicia, resiliencia, muerte violenta; y en el marco histórico particular de la ciudad.
- Explorar piezas gráficas, literarias o materiales de acompañamiento que puedan contribuir desde otras miradas a la temática principal.
- Conocer los testimonios de personas que han perdido el padre a causa de la violencia que se presenta en la ciudad.
- Conocer los testimonios de otras personas que estén relacionados con el tema a tratar: investigadores, sociólogos, sacerdotes en los barrios, líderes comunales, periodistas, entre otros; con el fin de darle otras voces a la problemática.

## Referentes conceptuales

### 2.1 Conflicto urbano en Medellín

El concepto de conflicto urbano puede ser entendido desde diferentes perspectivas. Generalmente se concibe como un problema asociado directamente a la violencia y a la guerra; por ejemplo, en una ciudad como Medellín, donde han existido múltiples actores armados en diferentes periodos de tiempo, el conflicto urbano es directamente asociado con la violencia que estos han generado en la ciudad y a las desigualdades sociales que se siguieron reproduciendo durante las dinámicas de este proceso.

Aun así, algunos analistas como Jesús Balbín (2009), proponen otra perspectiva en la que se entiende el conflicto como el motor necesario para que las ciudades se transformen, entendiendo este concepto como la complejización de los procesos que se dan en el desarrollo de las ciudades; es decir, “la producción y organización del espacio urbano: cómo se produce la ciudad, cómo se construye el espacio de la ciudad, y cómo se interactúa en los conflictos que tienen lugar en ella” (Balbín, 2009., p. 22).

Vilma Franco (2004), citada por Balbín, propone un estudio más profundo para entender el concepto de conflicto urbano y realizó una tipología en la cual plantea cinco campos en los que este se puede desarrollar. El primero hace referencia a pensar la ciudad como un campo de actividad económica; concretamente para Medellín, los procesos de industrialización para la época. Los conflictos que comienzan a surgir hacen referencia a la reorganización de la ciudad. Además, también se presentan conflictos relacionados con el medio ambiente al crear grandes industrias y con la interacción que se desarrolla en el espacio que se transforma, pues el espacio público disminuye y los servicios y las zonas de la ciudad se ven segmentadas (Balbín, 2009).

El segundo campo hace referencia al consumo colectivo de los servicios básicos como el transporte, la vivienda, y el acceso a los servicios públicos; con esto se presentan luchas por obtener buena calidad y garantías de estos bienes comunes y necesarios para el desarrollo de la ciudad. El tercer campo de conflicto se desarrolla en las ciudades debido a la movilidad urbana, la cual exige una planeación que permita que el flujo de personas que constantemente se mueven por la ciudad, puedan hacerlo con agilidad. El cuarto campo se refiere a los conflictos que se presentan por la gestión o la regulación jurídica frente a las diferentes problemáticas de la ciudad, por ejemplo, la

regulación al porte de armas de fuego. Y el quinto campo del conflicto tiene que ver directamente con el territorio: la apropiación, el control, la protección y la defensa. Esto genera salidas violentas como las que se han presentado en Medellín a partir del desplazamiento forzado del campo a la ciudad y, alternativamente, la apropiación del suelo de las periferias de la ciudad. Luego se presentan dinámicas de control territorial que también estuvieron enmarcadas mediante el uso de la fuerza o la violencia.

Reconocer el conflicto como un proceso que puede ser mediado o gestionado permite que se identifiquen los antecedentes, el contexto, la estructura y el comportamiento de las personas. Esto va a permitir darle un trato adecuado al problema y encontrar la solución más efectiva. Al no identificar la tipología de la conflictividad urbana existen mayores posibilidades de tramitarlo por medio de la violencia.

El abordaje del conflicto urbano ha sido equiparado a la violencia en la ciudad, y lo que siempre se trata de mostrar, es que la violencia es uno de los comportamientos tipo para la gestión –como estrategia y medio- y el tratamiento del conflicto, dando cuenta del fracaso de otras vías para la transformación positiva de la conflictividad y poniendo en el centro de dicha perspectiva el uso de la fuerza de los actores o partes que entran en disputa y la eficacia que tal mecanismo garantiza. La eficacia en la administración de justicia, en la resolución en tiempo corto del conflicto y la eliminación y generación del miedo, son sólo algunas de las razones que legitiman socialmente esta vía de resolución. (Plataforma de conflicto urbano y jóvenes, 2003, p. 104)

El conflicto urbano que se ha presentado en la ciudad de Medellín se ha asentado más en la quinta tipología, la disputa por el territorio, presentada por Vilma Franco referenciada por Balbín (2009), pero ha pasado por todas las anteriores. Los hechos violentos han marcado las formas de resolver estos conflictos y por eso es necesario realizar un breve recuento de los actores armados que han tenido mayor incidencia en el conflicto por la apropiación y el control del territorio urbano.

En Colombia las guerrillas surgen en la década de los sesenta con las Farc-Ep en 1964, el Eln en 1964, y el Epl en 1967. Para esta época, las movilizaciones estudiantiles en las ciudades estaban en auge, el sindicalismo y las protestas se hicieron más frecuentes debido a las desigualdades sociales que se presentaban en los barrios de la ciudad; con este panorama las redes

de apoyo urbanas a los frentes guerrilleros ELN y EPL se vieron favorecidas en Antioquia (Centro Nacional de Memoria Histórica [CNMH], 2017).

Para la época de 1980-1982 las protestas continuaron y fueron creciendo hacia un sentido más radical, lo cual era propicio para que las guerrillas extendieran sus redes de apoyo en las ciudades y al mismo tiempo encontrarán nuevos integrantes para sus filas. La ciudad, en vez del campo, comenzó a ser más atractiva para las guerrillas y ahora se mostraba como el escenario principal de lucha.

En Medellín las FARC empezaron a hacer presencia en el barrio Santo Domingo en la frontera urbana del nororiente alrededor del año 1982. Para sus habitantes no eran claros los motivos de su llegada. Es posible considerar que su objetivo era ofrecer apoyo a los frentes guerrilleros que iniciaron operaciones en municipios del oriente antioqueño y asegurar el control de un corredor que facilitara la conexión con la ciudad. (CNMH, 2017, p. 115)

Las guerrillas comenzaron a incursionar en la ciudad, el M-19 fue reconocido por hacer del espacio urbano su foco principal de atención para llevar a cabo sus acciones políticas y militares demostrándolo por medio de hechos como el robo de armas en el Cantón Norte (1978) y la toma de la embajada de la República Dominicana en Bogotá (1980).

En el gobierno de Belisario Betancur comprendido entre 1982 y 1986 se comenzaron a adelantar los diálogos de paz con este grupo armado y para esto se crearon unos “campamentos de paz”. En Medellín estos campamentos se asentaron en los barrios Popular, Villatina y Castilla. Allí asistían jóvenes quienes recibían instrucción militar y política lo que para algunos estudiosos fue uno de los factores que desencadenaría la conformación de bandas barriales.

En el barrio Popular empezó a operar la banda de Los Nachos que se dedicó a la extorsión y los asesinatos hasta ser exterminada por otra banda reconocida por sus acciones de “limpieza”, llamada Los Capuchos [...] En el barrio Villatina, después del desmantelamiento de los campamentos, se desató una ola de violencia protagonizada por jóvenes que quedaron armados y empezaron a organizarse e impartir seguridad y justicia por sus propios medios. (CNMH, 2017, p. 118)

Por su parte, el ELN también impartió formación militar en escuelas ubicadas en municipios cercanos como San Pedro de los Milagros. En estas la participación también se extendió a ciudadanos obreros y estudiantes que engrosaban el ideal de expansión en el campo urbano. Finalizando la década de los 80 comenzó a surgir un nuevo grupo armado, las Milicias Populares del Pueblo y para el Pueblo quienes tenían como propósito:

Restablecer el orden y la seguridad apelando a la eliminación de personas y bandas catalogadas como indeseables, asociadas al consumo de sustancias psicoactivas, robos y violaciones en barrios donde había fuerte sentimiento de inseguridad y la disposición de los sectores más afectados a ofrecer apoyo a grupos que pudieran hacer justicia con mano propia. (CNMH, 2017, p. 125)

Entre 1989 y 1992 las milicias comenzaron a ocupar barrios como Santo Domingo, Granizal, Santa Inés, El picachito, 12 de Octubre, la Floresta y 20 de Julio. Las disputas por el control de los territorios hicieron que se intensificaran las acciones de bandas enemigas y del Ejército.

Los años ochenta fueron los inicios del paramilitarismo en la ciudad. Este grupo armado estaba liderado por Fidel y Carlos Castaño, quienes tenían como propósito el exterminio de los subversivos y colaboradores. En 1981 dieron inicio a su proyecto con la creación de las ACCU como una respuesta frente la expansión guerrillera. Para ello crearon una red urbana con el objetivo de rastrear hombres pertenecientes a la guerrilla en la ciudad; esto fue un rasgo distintivo de los paramilitares. En 1997 este grupo armado se reordena y se unifica alrededor de las AUC lo que facilitó poner en marcha la ofensiva sobre la ciudad, entendido esto como la urbanización de la guerra. Esto desembocó una nueva ola de asesinatos de sindicalistas y líderes, además del control de territorios que estaban en manos de la guerrilla.

El narcotráfico es otro de los actores armados con mayor relevancia en el conflicto urbano de Medellín. A finales de los años 70, mientras las guerrillas incursionaban en la ciudad, las personas ya reconocían una figura denominada los “asesinos de la moto” evidenciando la emergencia del fenómeno del narcotráfico (CNMH, 2017). Para esta época se había constituido el Cartel de Medellín que fue:

Un conglomerado delictivo que se compartía, a veces, hasta determinado grado y guardando siempre autonomía financiera, laboratorios, pilotos, rutas y redes de distribución en Estados Unidos. Participaban además de Pablo Escobar y su banda, los Ochoa Vásquez, los Galeano, los Moncada, los hermanos Castaño en alianza con Gonzalo Rodríguez Gacha y Carlos Ledher. (CNMH, 2017, p. 133)

Esta agrupación criminal logró concentrar el poder en la eficacia para la producción y transporte de cocaína al exterior, junto con el lavado de dinero, teniendo vínculos con Policía, miembros del Ejército, políticos y empresarios. Pablo Escobar logró consolidarse como el jefe máximo gracias al trabajo conjunto que desarrolló con las bandas o las ‘oficinas’, a la cuales acudía para ejecutar actividades criminales. Así, las bandas criminales comenzaron a tener mayor reconocimiento y esto dio como resultado:

Una labor de reclutamiento de jóvenes de barrios populares que vieron en el narcotráfico una oportunidad de enriquecimiento y reconocimiento social. La conexión entre estas formas organizativas con el narcotráfico dio lugar a la conformación de un aparato de guerra formidable que jugó un papel clave en la difusión de una subcultura criminal. (CNMH, 2017, p. 134)

En enero de 1993 bajo el liderazgo de los hermanos Castaño y en alianza con otros narcotraficantes y el Cartel de Cali, se pronunció una alianza en contra de Pablo Escobar llamada “Los Pepes”. Al mismo tiempo, el gobierno de Cesar Gaviria -1990-1994 - reconfiguró el Bloque de Búsqueda. Escobar murió en diciembre de 1993 y con esto se dio fin a la etapa del narcotráfico en el país, pero el fenómeno se reconfiguró y dio el protagonismo a otras figuras narco.

Después de la muerte de Escobar se dio un proceso de reorganización de las estructuras criminales en la ciudad y el Valle de Aburrá. La que se impuso fue la Oficina de Envigado, cuyo poder se sustentó en la construcción de una serie de alianzas con bandas ubicadas en diversas zonas de Envigado, Itagüí, Bello y Medellín, a partir de las cuales comenzó a ejercer un amplio dominio territorial, útil al narcotráfico y a otras actividades criminales.

El resultado fue una empresa criminal que empezó a operar como una estructura en red. (CNMH, 2017, p. 144)

## **2.2 Muerte violenta**

La muerte violenta es entendido como la muerte que no tiene procedencia natural, es decir, enfermedad o vejez, sino que obedece a otras formas que desarrollan otras dinámicas de aceptación y elaboración del duelo, pues la forma en cómo sea percibida la pérdida del ser amado puede convertirse en un motivo para continuar con la violencia o asumir posturas a favor de la paz (Jiménez, 2005).

La muerte violenta se ha convertido en un procedimiento característico de la época moderna, como una forma de exclusión y desaparición del otro semejante por medio de la exterminación [...] La muerte violenta se opone a la muerte natural. Es decir, con la muerte natural se reconoce aquel momento que nos ha de alcanzar un día a todos los aún vivos; con la muerte violenta, en cambio, de lo que se trata es de una muerte en la forma en que un semejante ejerce la violencia sobre el cuerpo de otro semejante. La muerte violenta es un acto que viene del semejante mismo. (Tobón, 2005, p. 33)

Los actores armados que han participado en el conflicto urbano en Medellín, han ejercido el homicidio intencional como uno de los principales ataques a la población. En el año 2018 hasta el mes de agosto, en la ciudad se presentaron 402 muertes violentas. Según el Centro Nacional de Memoria Histórica los asesinatos selectivos han sido la modalidad de violencia más usada por todos los actores del conflicto urbano, cada uno en diferentes magnitudes y con diferentes objetivos, pero con la estrategia de ejercer control sobre territorios, poblaciones y recursos (CNMH, 2017).

El cuerpo también puede ser entendido como un territorio, lo que hace que el control violento también pueda ser ejercido sobre este. Lucia Tobón en su monografía de grado Aspectos psíquicos del doliente por la muerte violenta de un ser querido hace referencia al cuerpo que puede ser controlado y cosificado por parte de un semejante que se siente en el derecho de decidir sobre su otro semejante; para esto cita a Luis Carlos Restrepo quien menciona que:

El asesinato es un ejercicio de dominio sobre el cuerpo. De hecho, quien asesina busca apropiarse del lugar del otro sin pasar por las molestias de la interlocución. Lo anima una ambición de poder, pero le irrita profundamente la posibilidad de una negociación. Hay, pues, una apropiación del cuerpo del otro, y una apropiación, si se quiere, por la geometrización de ese cuerpo. Las técnicas guerreras son técnicas de dominio no solamente del propio cuerpo, sino del cuerpo del otro y del cuerpo social. A través de la técnica del asesinato se expresa una cosmovisión y también una economía de apropiación, una especie de plusvalía simbólica a la que accedemos al eliminar al diferente y se anula la posibilidad de interlocución. (Tobón, 2005, p. 35)

### **2.3 Venganza**

Este concepto puede ser entendido como una forma de reproducción de la violencia luego de la pérdida violenta o la desaparición forzada del ser querido. El alejamiento desnaturalizado de ese ser no deja espacio para la correcta elaboración del duelo, en el cual se da un proceso de entendimiento y posteriormente la aceptación. Algunos autores como Freud, citado por De Castro 2005, mencionan que la venganza también puede ser entendida como un proceso de memoria, pues si no se cobra el dolor por el cual el individuo pasó al momento de morir, eso puede ser traducido en olvido de este. La venganza puede ser entendida entonces como una forma de honrar la memoria del muerto (De Castro, 2005).

La venganza también puede estar relacionada con el impulso natural de defenderse; Sylvia De Castro (2005) hace referencia a esto al mencionar que:

Freud hace intervenir la expresión ‘pulsión de venganza’ para designar con ella ‘un impulso irracional de voluntad’ que se origina por la insistencia en el recuerdo de la ‘reacción de obra’ frente a un ultraje sufrido, en la medida en que esta ha sido contrariada. En efecto, dice Freud: ‘defenderse de un daño mediante la lucha, y dañar con ella al enemigo, es el reflejo psíquico adecuado, preformado. Si no se lo lleva a cabo, o se lo hace insuficientemente, volverá a desencadenarse siempre por el recuerdo; se generará así la pulsión de la venganza’. (De Castro, 2005, p. 232)

Otra forma de entender esta forma de violencia es asociarla con el sentimiento de odio que produce una pérdida que posteriormente se convierte en un deseo de venganza. Esta venganza ahora entendida bajo el concepto de justicia. Jiménez (2005) lo explica así:

Las teorías que se ocupan del duelo dan cuenta del odio asociado con el dolor, el cual puede involucrar un deseo de venganza. Dicho deseo de venganza puede verse expresando de tres maneras: por medio del mecanismo de la justicia punitiva (que implica que después de un proceso de la Justicia del Estado, el responsable pague el dolor causado con su propio sufrimiento), inhibirse de hacer justicia ante el posible sufrimiento que puede causar a otros no responsables, o llevar la venganza al acto, generando nuevas acciones violentas. (Jiménez, 2005, p. 40)

Freud, también hace referencia a la venganza entendida como el deseo de justicia, donde las víctimas pasan a ser los victimarios (De Castro, 2005). Esto concuerda con la primera tipología que hace Jiménez (2005) donde la venganza se puede expresar por medio de la justicia punitiva, donde se espera que el responsable pague por el sufrimiento causado. Esta autora hace otra tipología donde la venganza se puede desarrollar en tres tipos de respuestas, en este caso, violentas: la justicia privada como una manera de venganza. Quienes así conciben la justicia la asumen de diferentes maneras: contratando a otro para eliminar a los asesinos, apoyando a los hijos para que ingresen a grupos armados con el objetivo de vengar la muerte de su ser querido, o intentando matar a los asesinos. Otra manera de ejercer la venganza es aprobar el hecho de que otras personas maten a los asesinos. Es el caso de aquellas mujeres que no harían nada por su propia cuenta, pero que ante el odio que sienten hacia los que mataron a su hijo, desearían que otras personas “se la cobraran”; otras manifiestan que sintieron alegría al momento de conocer que habían matado a los asesinos de su ser querido (Jiménez, 2005).

Cuando no hay un reconocimiento claro del conflicto urbano en una ciudad y con ello se deja a un lado las víctimas sin proceso de reparación, como el derecho a la verdad, a la memoria y a la justicia, la venganza se puede disponer como medio para obtener una respuesta; esto desarrolla una cadena de venganza y una repetición incesante de odios (De Castro, 2005).

La violencia se comienza a presentar como una alternativa efectiva para llevar a cabo los sentimientos de odio, venganza y dolor producidos por la muerte violenta del ser querido cuando la justicia no es efectiva y se requiere el uso de justicias alternativas.

La guerra deja de ser un asunto público para convertirse en un problema de resentimientos, de odios personales y la justicia da paso a la venganza, lo que ha desplazado los viejos escenarios de la guerra hacia los nuevos espacios de las masacres y las acciones violentas y retaliativas sobre la población civil. (Jiménez, 2005, p. 41)

## **2.4 Resiliencia**

El concepto de resiliencia hace referencia a la capacidad que tiene una persona para recuperarse frente a la adversidad o de adaptarse a la situación perturbadora. Klevens y otros (2001) citan a Emmy Werner para explicar mejor el concepto:

Es la capacidad de evitar resultados negativos en las etapas del desarrollo, a pesar de la exposición a condiciones de alto riesgo. La resiliencia puede implicar la existencia de factores o mecanismos protectores que no tienen efecto en ausencia de riesgos, pero pueden tener un efecto de amortiguador cuando estos se presentan. (Klevens et al., 2001, p. 23)

Ese efecto amortiguador frente a las situaciones estresantes o perturbadoras durante el desarrollo de la personalidad, es el que permite que se tomen rutas alternativas para la resolución de los conflictos; por ejemplo, una ruta diferente a la de la venganza, aun cuando el sentimiento de dolor por la muerte violenta del ser querido no permita realizar el duelo completamente. Según Jiménez (2005) las respuestas que no generan violencia son aquellas que no ‘pasan al acto’ el odio y el deseo de venganza, o que encuentran otras maneras de tramitar dicho sentimiento.

Algunos estudios sobre la resiliencia han identificado tres tipos de factores que permiten desarrollar esta capacidad: 1. Los atributos personales como inteligencia, autoestima, estilo cognitivo o sensibilidad interpersonal. 2. Una familia cálida, sensible y responsable. 3. Modelos extra familiares o apoyo de adultos con quienes se identifican positivamente (Klevens et al., 2001).

La familia como estructura es fundamental para desarrollar en la persona los sentimientos de resiliencia, pues en el estudio realizado por Marín (2012) se puede identificar que

En los casos en que los progenitores estuvieron juntos y vivieron dentro de un ambiente familiar tranquilo y con buenas relaciones, donde los padres los ayudaban y acompañaban, los niños han logrado, de una manera u otra, sortear de una forma más llevadera la pérdida de su padre. (Marín, 2012, p. 57)

Klevens y otros (2001) también realizaron un estudio para reconocer algunos factores que explican la resiliencia. Se encontró en la muestra que los hombres resilientes se diferenciaron de los hombres vulnerables debido al ambiente familiar en el que crecieron, especialmente se resaltan las características de la persona a cargo del niño como un ser capaz de manejar las dificultades. A pesar de las dificultades que se analizaron en este estudio como los estresores psicosociales, el estrato socioeconómico, las situaciones de violencia y las condiciones de marginalidad, las cuales pueden llevar a los individuos a involucrarse en el mundo delictivo o de las drogas, los resultados comprobaron la importancia de la crianza y el cuidado competente.

Como se encontró en otros estudios acerca de la resiliencia, la presencia de un cuidador adulto competente probablemente amortigua el impacto negativo de muchos eventos en la vida de los hombres resilientes y probablemente contribuye a un mayor desarrollo de la autoestima y del sentido de coherencia. (Klevens et al., 2001, p. 25)

Jiménez (2005) realiza otra catalogación de la resiliencia por medio del estudio que desarrolló con madres que han perdido a sus hijos de forma violenta. Las posturas de estas madres permiten conocer cómo son las respuestas frente a las situaciones dolorosas que se presentan en el conflicto urbano:

- No desean reproducir en otros su propio sufrimiento. Mediante un mecanismo de identificación con las madres de los asesinos, muchos de ellos jóvenes como sus hijos y criados en los mismos barrios, expresan no tener ningún interés en avivar en otras madres el mismo sufrimiento que ellas han tenido.

- Asumir una postura de autoprotección evitando ponerse en contacto con situaciones que les aumenten el sufrimiento. Estas madres prefieren no saber sobre los asesinos de sus hijos porque creen que eso no les devolvería a su hijo ni les quitaría su propio dolor. Ellas ponen el acento en la pérdida, no en quien la produjo, ni en buscar que se haga justicia: “es mejor no saber... Porque de pronto comienza uno a alimentar venganza”.
- Debido a su religiosidad, la pérdida y el vacío que dejó la muerte del hijo son llenados con la figura de Dios, a quien se le atribuye también la función de regular las relaciones. Algunas mujeres coinciden en pedirle a Dios perdón para los asesinos, y dicen que no harían nada en contra de ellos. Son las mismas que dejan en manos de ese ser “superior” el hacer justicia.
- Ingreso a organizaciones sociales para evitar continuar con el ciclo de la violencia o para generar acciones sociales a favor de la paz y la convivencia. El ingreso a las organizaciones tiene diferentes motivaciones, bien como una manera de reparar la posible responsabilidad en la conducta del hijo, como un medio para encontrar apoyo frente a los efectos de la violencia.

## **2.5 Padre**

La figura del padre puede ser entendida como la construcción social que no está relacionada necesariamente con los factores biológicos sino con otras configuraciones convencionales que debe desempeñar esa figura para que exista un reconocimiento y se dé la relación padre e hijo. Entre esas configuraciones está el papel de cuidador, protector, modelo, guía moral y proveedor, condiciones necesarias para el desenvolvimiento de los niños y adolescentes (Bacará, 2008).

La paternidad es entendida entonces como un aporte a los valores éticos y morales además se puede plantear la paternidad como un elemento fundamental en la construcción de sociedad, pues la carencia de esta figura en la familia, puede debilitar la idea de autoridad o ley, lo que dificulta la relación de los niños con el mundo.

La ausencia o pérdida de estas referencias me lleva a creer que esto puede significar el fracaso del individuo, así como el fracaso social, inviabilizando la interiorización de la imagen de la metáfora paterna y llevando así una imposibilidad de lograr la interiorización colectiva de la ley. (Bacará, 2008, p. 91)

Cuando la muerte violenta del padre se presenta en la vida de los hijos puede provocar su incursión a grupos delincuenciales donde se siguen desarrollando dinámicas de violencia en medio de conflicto urbano; aunque no necesariamente la ausencia del padre tenga como respuesta este tipo de acciones. Nathalia Ocampo (2015) en su trabajo *Desaparición forzada de padre: una ausencia que se hace presente* cita a varios autores para explicar los posibles efectos de la ausencia del padre:

Se plantea que esta experiencia puede llevar al niño, niña o adolescente a tener una visión polarizada de la realidad y de las relaciones humanas generando desconfianza hacia los demás, así se podría legitimar la fuerza y la arbitrariedad y se puede internalizar la violencia como la forma natural de hacer las cosas. Estas dificultades pueden llevar a situaciones de marginalidad, exclusión, participación en grupos armados al margen de la ley, entre otros [...]. Además de llegar fácilmente al odio, el deseo de venganza, culpa, desdén, pérdida de sentido de vida y comportamientos evasivos [...] Más grave aún puede ser cuando los niños presencian el asesinato de sus padres o han sido testigos de cómo se los llevan a la fuerza ya que esto puede generar sentimientos de indefensión, impotencia, intensa rabia y dolor y deseos de venganza por agravios y pérdidas [...]. (Ocampo, 2015, p. 34)

La muerte violenta del padre tiene entonces una carga adicional en el desarrollo de la personalidad del niño; esto quiere decir que las implicaciones en el proceso de duelo pueden llevarlo a desarrollar sentimientos de rabia, angustia, dolor, odio, injusticia e impotencia. Sentimientos que deben enfrentarse con herramientas que le brinda su estructura familiar. De allí depende que se generen sentimientos de venganza y se lleven al acto, o por el contrario se desplieguen las capacidades de resiliencia y perdón.

## Metodología

Con el fin de desarrollar los objetivos propuestos en esta investigación y, a su vez, alcanzar el resultado expuesto, se implementará una metodología cualitativa puesto que gracias a este tipo de investigación se podrá explorar de una forma más profunda el tema principal. Como expone la autora María Auxiliadora Guerrero en su texto *La Investigación Cualitativa*, esta se centra en:

Comprender y profundizar los fenómenos, analizándolos desde el punto de vista de los participantes en su ambiente y en relación con los aspectos que los rodean. Normalmente es escogido cuando se busca comprender la perspectiva de individuos o grupos de personas a los que se investigará, acerca de los sucesos que los rodean, ahondar en sus experiencias, opiniones, conociendo de esta forma cómo subjetivamente perciben su realidad. (Guerrero, 2016, p. 2)

Comprender las experiencias subjetivas de cada persona frente a una misma realidad, como lo es la pérdida violenta del padre, permitirá ampliar el panorama y las múltiples respuestas que se pueden presentar. Por eso, al implementar el método cualitativo, el alcance de la investigación será más amplio y abordará de una forma más humana el objeto de estudio y el resultado.

Si estudiamos a las personas cualitativamente, llegamos a conocerlas en lo personal y a experimentar lo que ellas sienten en sus luchas cotidianas en la sociedad. Aprendemos sobre la vida interior de la persona, sus luchas morales, sus éxitos y fracasos en el esfuerzo por asegurar su destino en un mundo demasiado frecuentemente en discordia con sus esperanzas e ideales (Taylor y Bogdan, 1996).

Como menciona Roberto Hernández Sampieri en su libro *Metodología de la investigación*, este tipo de investigaciones

Se fundamentan en un proceso inductivo (explorar y describir, y luego generar perspectivas teóricas). Van de lo particular a lo general (...) para esto, el investigador utiliza técnicas para recolectar datos como la observación no estructurada, entrevistas abiertas, revisión de documentos, discusión en grupos, evaluación de experiencias personales, registro de historias de vida, interacción e introspección con grupos o comunidades. (Hernández, 2006, p. 9)

Para esta investigación se usarán técnicas de investigación como: revisión documental, observación y entrevista semiestructurada.

## Resultados

### La esperanza de Piedad

Piedad\* se casó en una catedral que no tenía torres que llegaran hasta los cielos, sino muros altos de color gris; en lugar de pinturas religiosas, la ocupaban obras costosas de pintores famosos en habitaciones lujosas; y no habían santos de ropajes terciopelo sino guardias vestidos de azul camuflado. Desde esta catedral no impartía cátedra el obispo, pero daba órdenes un patrón. Casi lo mismo. Piedad no pudo llegar a un altar de iglesia, pero llegó vestida de novia hasta La Catedral, una cárcel de máxima seguridad en Envigado.

Iba vestida de tristeza. Su cabeza adornada con una corona de perlas diminutas la hacía ver como una diosa del Olimpo y un traje blanco lleno de piedras blancas y plateadas la cubría desde sus hombros hasta sus pies. Dicen que las perlas son un símbolo de llanto, hacen las veces de las lágrimas que derrama la novia ante el altar. Ella las derramó hasta la muerte.

El 14 de diciembre de 1991, el salón social de la cárcel La Catedral, que parecía más bien una finca de recreación, estaba decorado con mesas, arreglos florales y copas de champaña; sicarios, políticos, familiares y amigos vestidos de gala. En un altar improvisado esperaba paciente el padre Rafael García Herreros, reconocido a nivel nacional por el programa de televisión Minuto de Dios, y por el papel que jugó en la liberación de los secuestrados. Todos vieron deslumbrados la entrada triunfal de Piedad a la cárcel, caminando hacia el altar, y aplaudieron sin parar cuando ella le soltó el “sí, acepto” a uno de los lugartenientes más importantes de Pablo Emilio Escobar Gaviria, narcotraficante y jefe del Cartel de Medellín.

En realidad, a Piedad casarse le parecía una locura. Ella se veía a futuro como una profesora de alguna escuelita de la ciudad, pero un papá periodista y poco creyente de la estabilidad económica que pudieran brindar las ciencias sociales, le hicieron desistir de esa idea. Los planes también cambiaron cuando la familia decidió mudarse en 1971 a Envigado, cerca al barrio de los periodistas, en La Paz. Para ese momento, el barrio apenas se estaba formando y ya tenía algunas casas alrededor, entre ellas la de los Conrado; y casualmente Piedad viviría justo al frente de Eduardo Conrado\*, Pato, con quien en un arrebato de amor iría a la cárcel y al altar veinte años después.

\* \* \*

“A ver, hagamos cuentas”. Piedad saca una calculadora, suma y resta fechas; como si su memoria estuviera contenida en un aparato que la ayuda a precisar momentos y recuerdos con números. Han pasado cincuenta años y ella conserva la misma cara de enamorada. Cuando habla de Pato le brillan los ojos y se borran las pocas arrugas que se le marcaron alrededor por el paso del tiempo, no puede evitar la sonrisa que trae el recuerdo, y la emoción se apodera de su voz cuando cuenta lo que la enamoró perdidamente de él.

“Él era hermoso, ¿no ve que yo me enamoré de él? Era una persona muy especial, era muy gracioso. Lo que más me gustaba de él es que me hacía reír mucho. Yo era muy tímida pero él era muy extrovertido”, cuenta Piedad en medio de risas.

La primera vez que Pato vio a Piedad juró que se casaría con “la negra”, así se refería a ella con cariño. Piedad no tenía mucha fe en esa promesa y se negó en varias ocasiones, pero Pato no desistió. Uno de los hermanos Conrado se hizo novio de una de las hermanas de Piedad; Pato aprovechaba cada encuentro para invitar a Piedad, salir los cuatro, y tirarse los chistes que hacían sonreír a la negra.

“Pato tenía un espíritu tan lindo, y era tan alegre, tan positivo. Era una persona feliz y eso fue lo que más amé de él. Siempre me hizo sentir afortunada, como una reina”, cuenta Piedad.

Eduardo era alto, delgado, cejas pobladas, cabello castaño, con voz gruesa y buen sentido del humor. Enamorado de Piedad hasta más no poder, tanto que cuando Piedad le negaba los saludos por alguna discusión, él abría las ventanas de su casa, ponía a todo volumen las canciones de Camilo Sesto, y cantaba la que dice “el amor de mi vida has sido tú”... Lo más fuerte que podía para que el barrio entero y Piedad supieran que era para ella.

Era un hombre amoroso y llenaba de regalos a Piedad en fechas especiales, el día del cumpleaños, el día del amor y la amistad, el día de la mujer, al salir de clases en el colegio... Ella recuerda que “Pato se iba para los jardines de las vecinas y se robaba las rosas para regalármelas. En ese momento éramos estudiantes y no teníamos dinero. Pero él siempre fue recursivo hasta para hacerme sonreír”.

Con cada detalle el corazón de Piedad se fue llenando de ilusiones por Pato, y en 1976 cuando ella tenía 15 años, se hicieron novios. Pato no se cambiaba por nadie, era novio de la negra, la más linda de la cuadra y a todo el mundo le decía: “vea, ella es mi novia, yo la amo, es mi vida, es mi amor, es mi todo, yo la amo y con ella me caso”. Piedad pensaba que estaba loco.

“Completamente enamorados, como borrachos yo no sé de qué”, dice Chayanne en sus canciones, y así se sentían Pato y Piedad. Les gustaba salir a comer cono en el parque, acampar en las fincas y bailar en las rumbas de la casa de Piedad, las más famosas de La Paz. “Del amor conocí lo más lindo, supe lo que es amar, respetar y querer a alguien con toda el alma. Yo siempre fui la reina, la más hermosa, yo era todo para él”, recuerda Piedad con una sonrisa que le encharca los ojos.

Dentro de los planes de Pato y Piedad estaba casarse y vivir juntos, tener una familia numerosa con tres o cuatro hijos, pero sobre todo “queríamos estar juntos hasta viejitos”, concluye Piedad. Pero para ese momento los corazones de los muchachos de la ciudad se comenzaron a llenar de otras cosas diferentes al amor por una mujer.

Con el nacimiento de El Cartel de Medellín en 1976, los embargaba el amor al dinero y al poder. Los negocios del narcotráfico crecieron exponencialmente afianzando las economías ilegales en la ciudad atrayendo a los muchachos de los barrios con las ganancias de esas actividades.

Gerard Martin es sociólogo y politólogo holandés, se ha dedicado a estudiar las violencias en Medellín y frente a las dinámicas que llegan con el cartel dice que “hay que tener en cuenta que en la segunda parte de los años 70 hay un salto porque la economía de la marihuana es diferente a la cocaína. Empieza a dominar el narcotráfico porque genera mucho dinero, es como cambiar la tienda de barrio por un supermercado”.

A esto, se le sumaban las dinámicas sociales del momento como el crecimiento de la ciudad, la pobreza, el desempleo, y una generación joven que no logró ser atendida por un sistema de calidad, “es un panorama desastroso donde el narcotráfico tiene a su disposición una cantidad de jóvenes que están completamente abandonados por el Estado”, concluye Gerard.

Pato quería ser arquitecto pero no fue ajeno a las dinámicas del narcotráfico de la ciudad. Estudió en el Instituto Nacional de Educación Media - INEM -, hizo una media técnica en construcción y hasta los profesores le daban trabajo. Tenía mucha facilidad para trabajar con las manos, con la madera y estudió dibujo arquitectónico en el Colegio Mayor. “Nunca lo practicó, desafortunadamente la vida lo llevó por otros caminos”, cuenta Piedad.

\* \* \*

Las peleas entre Piedad y Pato eran cada vez más frecuentes; las rumbas, las drogas y los negocios agrietaban su idilio de amor. Piedad recuerda que “cuando él se metió en el negocio, no

sabía qué era. Empecé a ver todo ese mundo tan difícil del vicio y todo eso, entonces yo le decía que no me gustaba, pero las circunstancias, el tiempo, el momento...”

En el barrio comenzaron a ver cómo uno de los amigos más pobres de la cuadra, Pablo Escobar, se llenaba de dinero, comodidades y poder, cosas que deslumbraban a los muchachos de la época. Pato entró a trabajar con Pablo porque vio en el negocio una oferta prometedora, aunque ni siquiera pudiera visualizar las consecuencias. “Era una oportunidad cercana y con mucho dinero de por medio. Pablo era del combo de nosotros y vimos muchas cosas que a uno como joven lo deslumbran y más conociendo la situación de la casa de nosotros”, añade Piedad.

Gilmer Mesa es escritor y ha retratado la violencia de las calles de Medellín. Él cree que la falta de referentes y oportunidades en los jóvenes de esa época dio paso a que los grupos armados y el narcotráfico los conquistaran fácilmente. Tener el barrio como la única representación del mundo sesgaba la visión de los muchachos y la capacidad de acceder a millones de posibilidades fuera del combo.

Piedad cree que el ambiente de maldad los envolvió por naturaleza, por inocencia y avaricia porque “nadie sabía qué era ese negocio, nadie podía conocer las consecuencias terribles que iban a haber, y cuando se metieron ahí ya era muy tarde. Cuando comenzaron a darse cuenta de todo lo que pasaba alrededor del negocio, era muy tarde”.

En la juventud el espíritu aventurero está más presente que en cualquier otra etapa de la vida, a esto se le suma el creerse inmortal, sentir adrenalina y no tener el criterio suficiente para conocer las consecuencias de los actos. Para Gilmer “es como una idealización fashion del negocio, solo se ve lo bueno. Los muchachos querían ser bandidos pero no hacer cosas de bandidos. Muchos se quedaron en ese mundo porque no era algo tan fácil, los mataban en la primera vuelta o se les podría el alma. De eso ya no hay vuelta atrás”.

Del Eduardo del que se enamoró perdidamente Piedad, quedaba muy poco o nada. Los excesos, las drogas, las rumbas y los negocios hicieron de Pato un hombre diferente, un velo oscuro cubrió al romántico, al de las canciones y las flores en fechas especiales. “Nos cambió la vida. Peleábamos mucho porque él empezó con muchas rumbas, mucho desjuicio, muchas drogas. Se volvió muy vicioso, y yo no quería esa vida”, recuerda Piedad.

En 1991 había más muerte que vida. Atentados, bombas, secuestros, y asesinatos hicieron de Medellín la ciudad más violenta del mundo con 6.809 personas asesinadas. Para Gerard Martín esto ha sido un fenómeno muy revelador y muy específico de Medellín porque “si yo pregunto a

veinte personas en Holanda, no van a tener a nadie asesinado, eso no sucede, un homicidio es demasiado excepcional. En Medellín a veces las personas responden como si estuvieran esperando que eso les pasara en algún momento y dicen: ‘todavía no me ha pasado’”.

En medio de un contexto convulsionado, Pablo Escobar decide entregarse a las autoridades bajo sus propias condiciones y pide ser recluido en una cárcel que él mismo había construido en Envigado, La Catedral.

Eduardo decidió entregarse con Pablo.

Piedad había decidido terminar su relación y cancelar los planes de la boda por lo menos hasta que Pato dejara de drogarse. Ella recuerda que en La Catedral tenían todo lo que quisieran “eso no era una cárcel, era una finca. La comida era a la carta, había chef las 24 horas, bebían, hacían fiestas, jugaban partidos de fútbol y no había rejas y esas cosas”, cuenta Piedad.

Aún en medio de lujos y excesos, estando en la cárcel Pato cambió y la esperanza de Piedad nunca se perdió. Pato dejó de tirar vicio, dejó las drogas, el licor y las rumbas. Retomaron los planes de la boda sin importar que fuera en la cárcel. El romance volvía a nacer en medio de la ciudad más violenta.

Margarita\* fue una de las asistentes al matrimonio y recuerda que el 14 de diciembre “Piedad estaba hermosa, divina. Todos tuvimos que pedir permiso en el Departamento Administrativo de Seguridad - DAS - para poder entrar a la cárcel, incluso hasta el padre que lo conocía todo el país. Fue una boda muy lujosa, nos llevaron a todos en camionetas, y de regalo de bodas, Pablo Escobar les regaló un apartamento gigante en Envigado. Piedad y Pato estaban felices”.

Entre risas, Piedad recuerda que ese día cuando el padre otorgó la bendición y el permiso divino de besar a la novia, Pato gritó: ¡por fin! ¡Por fin, negra! ¡Por fin! Y todos los invitados comenzaron a reírse en medio de aplausos y festejos.

\* \* \*

La verdad es que Piedad nunca dejó de estar enamorada, solo quería al primer Eduardo de vuelta, pero él nunca volvió. La sostuvo una falsa paz por unos cuantos meses hasta que en 1992 Pablo Escobar junto con Eduardo, algunos guardias y subalternos decidieron escapar de La Catedral en la madrugada del 22 de julio, casi un mes después de que naciera el primer hijo de Piedad y Pato, lo llamaron José\*.

Pablo seguía delinquiendo desde la cárcel y el gobierno de César Gaviria decidió aumentar las medidas de seguridad reemplazando por militares a los guardias penitenciarios escogidos por Escobar. El operativo comenzó y Escobar escapó con su gente luego de romper uno de los muros. Caminaron en medio de la oscuridad y la vegetación del lugar hasta salir a Caldas, allí se refugiaron en una casa.

Piedad tenía otra vez la vida que no quería tener, ella recuerda que el día de la fuga “me llené de miedo porque habían dicho que habían matado a algunos pero gracias a Dios no les pasó nada”. Los nervios, la incertidumbre y el miedo la iban consumiendo, entonces “yo le dije que yo no era capaz de vivir esa vida, escondidos, muertos de miedo y pensando que nos iban a matar”, cuenta Piedad.

Frente a los ruegos de Piedad, Pato decidió entregarse dos meses después de la fuga, el 15 de septiembre de 1992, dos días después nació su segunda hija Elisa\*. Pato fue recluido en la cárcel de máxima seguridad en Itagüí. Él se responsabilizó del delito de fuga de presos y se le imputaron cargos por narcotráfico, secuestro extorsivo y porte ilegal de armas, aun así ese día él se mostraba tranquilo según los registros en prensa. Piedad recuerda que fueron momentos muy difíciles porque “eso no era La Catedral, allá si habían muros, celdas, los encerraban, eso era una cárcel de verdad. Lo bueno es que lo estaban cuidando, los Ochoa nos ayudaron mucho”.

Más que una condena, Pato recibió un soplo de alivio porque para ese momento en la ciudad comenzaba a emerger un nuevo grupo que tenía como objetivo derrotar a Pablo y toda su estructura criminal, entre ellos Pato.

Max Yuri Gil es coordinador de la Comisión de la Verdad en Antioquia y el Eje Cafetero, sobre el nacimiento de los Pepes explica que “una parte de la estructura del Cartel de Medellín se reveló contra Pablo Escobar porque estaban ofendidos por el asesinato de los hermanos Galeano y Moncada. Liderados por Don Berna, con el apoyo de la DEA, el Bloque de Búsqueda y con los refuerzos del paramilitarismo de Carlos Castaño y Fidel crean los Perseguidos Por Pablo Escobar; eso en el mundo criminal creó una división muy fuerte, los que estaban con Pablo y los que estaban con los Pepes”.

Mientras Pato estaba recluido con los hermanos Ochoa en un pabellón de máxima seguridad, al otro lado de las rejas, en la ciudad se comenzaba a desatar una guerra entre sicarios, combos, bandas, oficinas, policías y carteles. Según el informe del Centro Nacional de Memoria Histórica, Medellín, memorias de una guerra urbana, “la alianza entre narcotraficantes enemigos

de Escobar y el Estado le asestó duros golpes a Escobar. Según Carlos Castaño se trató de una guerra que dejó muchos muertos: ‘nosotros hacíamos los operativos irregulares, encontrábamos al enemigo y lo ejecutábamos. El Bloque de Búsqueda de la Policía, por su lado, asestaba otros golpes, algunos de ellos con nuestra información’”.

“Se desató una guerra muy brava”, apunta Piedad, y es que la fuga de Pablo Escobar provocó una muerte anunciada, y luego de muchas persecuciones Pablo fue dado de baja el 2 de diciembre de 1993 en el barrio Los Olivos de Medellín.

\* \* \*

- No, usted no se va a quedar trabajando con los Ochoa.
- ¿Cómo así negra? ¿Entonces de qué vamos a vivir?
- Vea Pato, usted sabe trabajar y yo también. Entre los dos salimos adelante. Usted no tiene que estar metido en esto, yo no quiero vivir esta vida otra vez. Olvídese.
- Negra, pero ellos son amigos.
- Ellos pueden ser muy buena gente, muy queridos, pueden tener mucha plata, pueden ser lo que sea pero ¿usted en qué va a trabajar? ¿De guardaespaldas de un mafioso que tiene plata? Yo no quiero eso.

Piedad esperó siempre una vida diferente. La muerte de Pablo Escobar parecía una nueva oportunidad pero realmente la guerra no terminó, solo cambió de forma con el surgimiento de una nueva cabeza al mando, Don Berna, controlando La Oficina de Envigado.

“El premio que le da la DEA y el Bloque de Búsqueda a quienes habían montado los Pepes para derrotar a Pablo, es la herencia de la estructura. Por eso, la Oficina de Envigado en la práctica es la herencia del Cartel de Medellín, asume las rutas, los mercados, las estructuras, las fuentes de lavado, todo”, explica Max Yuri.

En 1997, cuatro años después de la muerte de Pablo, Pato cumple su condena en la cárcel de Itagüí y queda en libertad. Piedad no perdía la esperanza y le pidió a Pato que tuvieran una vida diferente, que trabajara la madera, tuvieran un taller, vivieran en paz; pero Pato pensó que era una mejor decisión entrar en una especie de negociación con la nueva Oficina de Envigado.

Max Yuri piensa que “en Medellín hay una larga historia de traiciones, deserciones, cambios de camiseta, entonces más que negociaciones se dieron ultimátums: ‘decida si se suma o si se resiste lo matamos’, esa fue la oferta que les hicieron y una parte de los sicarios y lugartenientes de Pablo Escobar se hicieron matar en su línea”.

Pato no pudo negociar, no se acogió a las nuevas dinámicas de la Oficina y no le hizo caso a Piedad. En medio de la angustia ella recuerda que “yo le decía que nos fuéramos de Colombia porque teníamos un letrero en la frente que decía ‘trabajadores de Pablo Escobar’. Ya habían matado a varios de sus hermanos y aunque nunca recibimos amenazas, yo presentía que algo malo iba a pasar”. Piedad tenía razón.

40 tiros recibió Pato el 22 de junio de 1997, eso dice la prensa, y Piedad recuerda que ese día “todo fue muy horrible, yo gritaba lo más fuerte que podía para detener a los sicarios pero ellos no paraban de disparar y le daban, le daban y le daban bala”.

Habían acabado de llegar de un paseo familiar en Cartagena, parquearon el Trooper al frente de la casa de la mamá de Piedad, en el Trianón, donde se vieron por primera y última vez.

Un carro blanco con sicarios se aproximó hasta donde Pato y José jugaban con un balón, y sin importar la presencia del niño, los sicarios vaciaron el tambor de sus pistolas contra Eduardo. José se devolvió corriendo a casa, con los ojos desorbitados, gritando “¡mi papá! ¡Mi papá!”. Piedad corrió para ver qué había pasado con Pato, el amor de su vida. “Lo vi boca abajo, cubierto de sangre. Ya estaba muerto, pero yo me le tiré encima. La gente que pasaba por ahí pensaba que nos habían matado a los dos”, recuerda Piedad.

La verdad es que sí los mataron a los dos, ese día ella quedó como muerta en vida. “Todo se veía como una película, uno no razona, no piensa, no cree que todo eso fuera verdad, ni siquiera me acuerdo del velorio. Yo solo decidí que me iba del país definitivamente”, cuenta Piedad en medio de un silencio que pesa sobre el ambiente.

\* \* \*

“Desde la distancia te escribo porque sé que algún día nos volveremos a encontrar y estaremos de nuevo juntos de la mano de Dios. Hoy quiero contarte cómo han sido estos años sin ti, extrañándote y deseando que estuvieras en mis momentos de tristeza y angustia para apoyarme en ti; y en mis momentos de alegría para disfrutarlos juntos, especialmente con nuestros maravillosos hijos. Quiero darte las gracias por haberme dado tanto amor. Hoy todavía recuerdo tus detalles que me llenan el alma y me hacen sentir plena por haber vivido todo al máximo. Mi amado te tengo en mi corazón y sé que nos volveremos a encontrar. Te amaré por siempre”, Piedad, 22 de mayo de 2021.

Piedad ve algunas fotos de Pato y la sonrisa que le sale es suficiente para romper el dolor de los recuerdos. “Todas mis fotos las dejé en Colombia”, comenta Piedad, y en realidad ella dejó las memorias, los momentos junto a Pato, la familia, el amor, la vida...

Shirley Tamayo es periodista y ha trabajado de cerca los efectos de la guerra en las mujeres. Ella explica que “muchas mujeres se ven enfrentadas a un cambio total en el proyecto de vida, y no solo tiene que ver con lo económico o con la crianza de los hijos, sino que a veces tienen que cambiar de espacio, de vida; les toca vivir el desarraigo y adaptarse”.

Piedad decidió irse a otro país con sus dos hijos de 5 y 2 años. Quería vivir, por fin, otra vida. Llegó a un país desconocido, con un idioma diferente y unas dinámicas sociales distintas a las de Colombia, y ella recuerda que la vida le cambió extremadamente porque “me tocó empezar a trabajar en dos turnos porque pagaban muy poco, yo sabía que no iba a ser fácil, veía muy poco a los niños, pero yo tenía que salir adelante, yo soy de las que busco por dónde salir”.

Frente a la experiencia de Piedad, Shirley piensa que “es un trastocamiento total de toda la proyección de la vida, es otra trayectoria totalmente distinta. Es comenzar de una manera quebrada, es como tener una ruta que se desaparece y de pronto hay que agarrarse de donde sea y comenzar. Es rebuscársela en todos los sentidos”.

Después del asesinato de Pato, Piedad nunca volvió a enamorarse. Ellos querían darles una mejor vida a José y Elisa, un buen ejemplo, un lugar tranquilo después de tantos momentos tormentosos que vivieron juntos, pero el tiempo y la venganza no dieron tregua. Pato quedó en el recuerdo de Piedad, en el de José aunque él casi no quiera recordarlo, y en el de Elisa que es la que más pregunta por papá.

Piedad les cuenta que Pato fue un buen papá, que trabajó con Pablo Escobar, el de las series de Netflix. Les dice que era bueno, pero que hizo cosas muy malas y por eso lo mataron.

Al final parece que aceptar y justificar la muerte es el antídoto para el sufrimiento, un pañito de agua tibia que no sirve para nada.

Gilmer Mesa cree que lo que pasa es que hay una “domesticación de la muerte, la aceptamos socialmente, no hay límites, somos una sociedad con el alma podrida”, donde decidimos quién puede morir y bajo qué circunstancias. Los asesinos de Pato pensaron que merecía una muerte sangrienta, con 40 tiros en todo el cuerpo, frente a su familia y en medio de la calle; pensaban que ese era el precio que tenía que pagar por ser malo.

Pero Piedad amó a Pato aunque fue “malo”, mano derecha de Pablo Escobar. Lo amó porque fue persona, novio, esposo, papá y el amor de su vida. Pato fue victimario y víctima, una dicotomía donde los límites son difusos pero los discursos sociales claros, aunque contengan una doble moral.

Piedad no extraña nada de Colombia, y espera nunca volver.

\* Se han cambiado algunos nombres por petición de la fuente.

## Prohibido llorar

Daniel se mira en el espejo y ve la imagen de un hombre al que hoy le agradece que esté muerto. Lo ve y no lo recuerda pero sabe que es su papá; un hombre que tiene pies, manos y cabeza gracias a los cuentos de los vecinos, porque en su mente solo está marcado el recuerdo del día en que lo asesinaron.

Daniel tiene 26 años, es alto, delgado, un poco de barba y aretes en las orejas. Las pausas largas, la voz firme que da la experiencia aún a su edad y cada respiro parecen darle la confianza para hablar de un pasado violento que un día tocó la puerta de su casa. Su vida es un rompecabezas que ha ido armando con piezas coleccionadas y su memoria es una colcha de retazos que le justificaron la muerte de su papá.

Vivir en Medellín es sembrar vida y muerte, a veces al mismo tiempo. En 1993 Fabián y María\* tuvieron a Daniel en una clínica de Medellín, en 1993 Fabián comenzó a formar parte de las Milicias Populares del ELN llamadas Pueblo Unido, en Bello. Cobrar la muerte de su prima y asegurar la vida de su hijo lo motivaron a unirse a la guerra de una ciudad paradójica.

Esas mismas contradicciones han llevado a que Luz María Tobón, ex directora del periódico El Mundo, lleve en su memoria una escena de lo que fue y es Medellín en todos sus aspectos. Su experiencia de más de 20 años como periodista en una de las ciudades más violentas, le ha permitido tener una mirada amplia del conflicto urbano.

“Lo que pasa es que a nosotros se nos juntaron múltiples violencias. Con el narcotráfico, Pablo Escobar y su grupo de sicarios se cuenta solo una parte de todos los muertos de esa época. Empezaron a aparecer bandas locales con la extorsión, el menudeo de droga y los afanes de control territorial. Después estuvo involucrado el paramilitarismo; y las guerrillas como el ELN se comenzaron a asentar en la ciudad; entonces hubo una violencia brutal de múltiple origen”, cuenta Luz María.

Las grandes murallas verdes que custodiaban la ciudad no detuvieron las ansias de poder y de control de los grupos violentos que ya florecían. Entonces para 1980 y 1982, las guerrillas llegaron con sus redes a las ciudades y encontraron más gente para sus filas.

La ciudad, en vez del campo, fue el terreno perfecto para luchar. Según el informe Medellín, memorias de una guerra urbana realizado por el Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), finalizando los ochenta algunas milicias cercanas a los grupo guerrilleros comenzaron a controlar

puntos importantes de la ciudad, “su rasgo distintivo fue reclamar cierta legitimidad como adalides de una supuesta restauración del orden y la seguridad a partir del exterminio de ciertos sectores sociales estigmatizados”, apunta el informe del CNMH.

Marta Villa recuerda historias de la época. Es la directora de la Comisión de la Verdad en Antioquia y fue directora de la Corporación Región, una organización que ha estudiado de cerca el conflicto. Marta parece tener grabada en la mente toda la historia de Medellín. Esto le ha permitido analizar todo el contexto violento que ha tenido y tiene la ciudad.

Marta cuenta que en la ciudad existieron milicias ligadas a las guerrillas y unas independientes, aun así todas tenían una línea política clara que apoyaba los procesos de reivindicación de las necesidades insatisfechas de las comunidades. El ejercicio de poder se mezclaba con el reclutamiento de jóvenes y algunas milicias vendían sus servicios de sicariato y extorsión a redes criminales más altas como el Cartel de Medellín.

“Lo que pasa es que con las milicias llega el tema del ejercicio de la justicia; se convierten en quienes imparten orden en las comunidades. La primera oferta tenía que ver con el tema de seguridad, con que la gente no atracara en el barrio, que los esposos no le pegaran a las esposas, entre otras cosas. Entonces cuando en las comunidades hay un vacío de orden, comienza a existir la necesidad de acudir a un estado mayor para resolver asuntos personales y ahí cabe la venganza, en todo ese juego de poderes”, explica Marta.

En el rostro de Daniel se refleja el asombro cuando comienza a contar algo que parece una película de ciencia ficción con efectos especiales, pero en realidad fue el inicio del drama en sus vidas, “mi papá ingresó a las milicias por venganza porque a él le mataron una prima y fue mera matada. Llegaron unos manes, en camionetas, con cinturones de balas y fusiles largos. Entraron a la casa, la mataron ahí y después tiraron una granada. Luego las milicias convocaron a mi papá para que cobrara la muerte de la prima”.

En ese momento el papá de Daniel pasó de ser una víctima, a un victimario más en Medellín. Los milicianos comenzaron a “limpiar” las comunidades para que todos sintieran un ambiente seguro y más “justo”. El informe del CNMH dice que “su propósito era apelar a la eliminación de personas y bandas catalogadas como indeseables, asociadas al consumo de sustancias psicoactivas, robos y violaciones, en barrios donde había un fuerte sentimiento de inseguridad y la disposición de los sectores más afectados a ofrecer apoyo a grupos que pudieran hacer justicia con mano propia”.

Daniel recuerda las historias alrededor de un Papá casi heroico en las milicias, “la gente me cuenta que mi papá mantenía el barrio muy limpio y que no se veían ni ladrones. Dicen que mi papá era bueno porque ayudaba a la comunidad, pero obviamente eran cosas malas. Él llegaba y en la cancha del barrio se paraba a repartir huevos, pero era porque atracaron el camión de los huevos; o a veces repartían mercados, pero era porque atracaron un supermercado”.

\* \* \*

Jesús, Jesús, Jesús... En medio del rosario, los mil Jesuses se confundieron con los muchos disparos que anunciaron la muerte del papá de Daniel.

Unos años antes, en 1994, cuando Daniel cumplía un año de edad, las milicias adelantaban las negociaciones para desmovilizarse. Finalmente, el 26 de mayo de ese año se firmó el Acuerdo final para la paz y la convivencia que, como dice el informe del CNMH, reincorporó a 843 milicianos, casi el 85% del total de la ciudad. Aun así no todas las milicias activas se desmovilizaron, incluso aparecieron nuevas agrupaciones.

Para el año 2000 el grupo paramilitar de alias Don Berna, el Bloque Cacique Nutibara, logró establecer un monopolio de represión por medio de la aniquilación o cooptación de grupos armados ya existentes en la ciudad. Los barrios de Medellín fueron territorios de guerra entre paramilitares, narcotraficantes, guerrillas y grupos milicianos.

A Fabián lo mataron a los 26 años, en la noche del 3 de mayo de 2001, el día de la Santa Cruz, mientras toda su familia rezaba los Mil Jesuses. Fabián todavía estaba en las milicias, ahora había alcanzado un nuevo rango, un cargo alto. Era el jefe de uno de los territorios de Camacol. Ese día recibió una llamada donde lo citaban para que saliera de la casa a un punto de encuentro, y el rezo no lo favoreció.

A sus cinco años Daniel no entendía lo que pasaba el día de la muerte de Fabián, pero aún con el paso del tiempo recuerda con claridad el momento, “obviamente a mi papá lo estaban buscando para bajarlo y matarlo, normal. Mi mamá me contó que a mi papá lo vendieron, lo estaban esperando como diez manes y lo encendieron. A mí me mandaron para la casa de la vecina. No sé por qué sería el sentimiento, pero yo ya sabía que él estaba muerto”.

Al hablar, Daniel no puede evitar una expresión de desagrado por lo que recuerda, sacude su cabeza en un gesto de rechazo y el cuerpo le tiembla, en especial cuando trae a la mente la imagen de su papá lleno de balas. “Mi mamá y mi tío como que ya sabían, fueron por él y lo

montaron a un taxi pero él ya estaba muerto. De hecho él quedó casi destrozado. A él le dieron muchos tiros”, recuerda.

El asesinato de Fabián se puede catalogar como un asesinato selectivo, según el estudio del CNMH esta ha sido la modalidad de violencia más usada por todos los actores del conflicto urbano, cada uno en diferentes magnitudes y con diferentes objetivos, pero con la estrategia de ejercer control sobre territorios, poblaciones y recursos. A los paramilitares se les atribuye el 25% de los casos de victimización, mientras que a las guerrillas y milicias en Medellín se les atribuye el 15% según el Observatorio del Centro Nacional de Memoria Histórica.

Debajo de una cama que hacía el papel de trinchera en la casa de la vecina, Daniel de cinco años imaginaba la muerte de su papá luego de oír los disparos.

Este tipo de muertes las estudia la trabajadora social y profesora de la Universidad de Antioquia, Blanca Inés Jiménez. En uno de sus estudios indica que la muerte violenta es entendida como la muerte que no tiene procedencia natural, es decir, enfermedad o vejez, sino que obedece a otras formas que desarrollan diferentes dinámicas de aceptación y elaboración del duelo, pues la forma en cómo sea percibida la pérdida del ser amado puede convertirse en un motivo para continuar con la violencia o asumir posturas a favor de la paz.

El duelo al que se enfrentaría Daniel y su familia sería un duelo diferente, uno particular con sentimientos que marcarían unos caminos decisivos en la vida. Esto lo estudia la doctora Victoria Díaz, profesora e investigadora del Departamento de Psicología de la Universidad de Antioquia, quien tiene como tema de estudio específicamente el duelo.

Para Victoria el proceso de duelo frente a una muerte violenta “implica considerar, además de las reacciones normales del duelo, sentimientos como la tristeza, la rabia, la culpa, el dolor, el desánimo; además expresiones particulares como el deseo de venganza, la impotencia frente a otro que es el victimario que decide por la vida del ser más amado. Todas estas respuestas hacen que sea un proceso mucho más complejo”.

A muchas familias en Medellín les ha tocado tramitar la muerte violenta de seres queridos, y algunas personas deciden vengarse para terminar con el dolor. “Hay algunas víctimas que si aducen esos ciclos de violencia que no se pueden romper, que van entre la relación de víctima y victimario. Esa es una relación que se establece mucho, la gente empieza a participar de la guerra porque fue víctima, porque tuvo un lugar de subyugación por parte de un actor armado”, explica Marta Villa.

Ese fue el caso de Fabián pero no de Daniel. Fabián, el papá de Daniel, pasó de ser víctima, a ser victimario y por último una víctima más por venganza; y una de las condiciones principales para que esto suceda es la necesidad de la justicia. “Una de las dificultades del duelo en Colombia tiene que ver con que no hay una justicia eficaz y eso hace que las pérdidas violentas estén sujetas a lo que María Teresa Uribe llamaba el laberinto de espejos de la violencia y de la venganza, donde unos tratan de vengar o resolver sus duelos a partir de la agresión de los otros que han sido responsables de mi dolor”, comenta Victoria Díaz.

Daniel nunca sintió resentimiento, ni ganas de venganza debido a su mamá. “Mi mamá me llegó a decir que el man que había matado a mi papá salió de la cárcel y que estaba en el barrio, y yo pensé: ah no, no me interesa. Y ella tampoco hizo nada. Mi mamá nunca quiso declarar y dijo que era mejor no saber nada y para mí también fue igual”, comenta.

\* \* \*

La venganza es como una serpiente que muerde su cola y se consume lentamente. Un ciclo interminable de respuestas violentas que se alimentan de complejidades sociales y culturales.

Marta Villa piensa que “la violencia y la venganza en Medellín se desarrollan en un ambiente multicausal; es un contexto que tiene que ver con oportunidades como el fácil acceso a las armas, la enorme oferta de actores armados y con las condiciones sociales y económicas. También tiene que ver con un ambiente hostil en el que a la gente social y culturalmente le cuesta renunciar a la violencia como un mecanismo para dirimir los conflictos”.

Daniel tenía todas las condiciones para recurrir a la venganza, un contexto social violento, combos en el barrio con poder, y la muerte de su papá. Aun así Daniel reconoce que la venganza no lo sedujo porque nunca quiso pertenecer a un grupo armado como su papá.

“Siempre existió la seducción por parte del combo porque yo he trabajado en barberías muy calientes del barrio y veía que llegaban manes, guardaban fierros, me pasaban las pistolas y la droga. Pero yo tenía el poder de decir no. Mi barrio es un lugar donde el combo tiene demasiado poder pero de ahí a que yo haya querido pertenecer alguna vez, no”, sentencia Daniel.

El conflicto en Medellín es un fenómeno que va y vuelve. Se queda estancado en la memoria y poco a poco va añadiendo nuevas modalidades de guerra. La violencia en la ciudad parece cíclica y mutante, pero siempre dispuesta a jóvenes como Daniel.

Según el Registro Único de Víctimas hasta el mes de abril del 2019, en Medellín se habían registrado 8.007 eventos relacionados con vinculación de niñas, niños y adolescentes al conflicto

urbano. Ana María Jaramillo, investigadora de la Corporación Región, piensa que eso indica que el fenómeno de violencia es complejo porque demuestra que no se ha superado el poder que ejercen los actores armados en los ámbitos barriales, lo que desencadena el control territorial y deja en estado de vulneración a los jóvenes que también están inmersos en ese territorio, pues “los jóvenes no son ajenos, están ahí y tienen toda la posibilidad de ser afectados”.

Antes de la pandemia por el covid-19, el 2.2% de la población joven en la ciudad estaba desescolarizada. Si bien la cifra no es alarmante, es preocupante que los jóvenes tal vez encuentren un futuro incierto en la escuela; como menciona Gerardo Pérez, líder barrial de San Javier, “a los jóvenes la escuela ya no les atrae, es un camino muy lento”, sobre todo en una ciudad donde los límites entre la legalidad y la ilegalidad son imperceptibles. Además, según las mediciones realizadas por el Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE) antes de la pandemia, Medellín ocupaba el tercer puesto entre las ciudades con la tasa de desempleo juvenil más alta con un 12.4%.

Según el Instituto Nacional Penitenciario y Carcelario (INPEC) para 2019 la mayor cantidad de internos se ubicó entre los 18 y 29 años. Para contrarrestar estas cifras, la Alcaldía de Medellín desde la Secretaría de la Juventud y la Secretaría de Seguridad, ha creado programas que les permitan a los jóvenes encontrar salidas diferentes al conflicto y replantear su proyecto de vida. “Jóvenes R” y “Parceros” son dos de esas iniciativas que tienen como objetivo proponer una nueva forma de ver la vida y enfrentarse a ella desde la legalidad.

Como Daniel, en Medellín muchos jóvenes siguen estando en medio del conflicto actual. Aun así han elegido no responder con violencia, ni venganza sino que han preferido buscar la resiliencia como una salida más efectiva para la resolución de los problemas.

La doctora Victoria cree que la resiliencia es un aspecto que se puede desarrollar gracias a la personalidad, la historia de vida y el acompañamiento familiar y social. Además es una decisión subjetiva afrontar el proceso doloroso y salir de alguna forma fortalecidos. La pérdida violenta deja huellas que dificultan en gran manera los procesos de elaboración del duelo pero muchas personas víctimas de pérdidas atroces han logrado darle un giro a la historia.

“Mi mamá siempre hizo muy buen ejercicio de papá porque ella siempre estuvo ahí haciendo los dos papeles, entonces puede que eso haya suplido ese vacío por la muerte de mi papá. Además, en mi casa vivíamos mucha gente: mi abuelo y dos tíos, entonces tenía tres papás. Nunca me hizo falta esa figura paterna”, explica Daniel.

Daniel y la ciudad siguen atrapados en una guerra que parece no tener fin. Una violencia que todos los días le recuerda que está en peligro por ser hijo de su papá, por vivir en un ambiente donde confluyen dinámicas ilegales, por pertenecer a una ciudad donde te pueden matar al doblar la esquina.

Hoy el conflicto en Medellín se podría entender como la división de grandes empresas criminales que tienen en el último eslabón de la cadena a los jóvenes que se dedican al sicariato y a cobrar la extorsión. La guerra entre los combos se resume en el control territorial para aprovechar las economías ilegales que tienen límites difusos en los barrios de Medellín. Un mundo que nunca le interesó a Daniel pero que sigue seduciendo a muchos jóvenes de la ciudad.

La violencia parece estar anclada al pasado, pero para Marta “hay un elemento distinto a lo que había en los años 90 y es el tema del microtráfico, totalmente identificador de las violencias de la ciudad porque es el control de territorios, es la emergencia de nuevos poderes, pequeños, pero ligados a grandes redes. Lo que sigue existiendo es que las redes criminales siguen siendo una oferta disponible para jóvenes que no encuentran otras alternativas en la ciudad”.

A Medellín algunas veces parece que la mordiera una serpiente y la paraliza el miedo, el terror y el dolor. Daniel reconoce que ese miedo le ha salvado la vida, le impidió entrar a grupos armados y decir con firmeza “No”. Siente que está en peligro en esta ciudad que a veces parece consumirse en una espiral de venganzas y recuerda que “permanecí encerrado con mi mamá casi un año porque de pronto nos podían hacer algo. Hace poco alguien que nunca había visto en el barrio me abordó y me dijo: ‘usted se parece mucho a alguien de hace muchos años, ¿quién es su papá?’ Me tocó decirle otro nombre y esconder quién había sido mi papá”.

Daniel reconoce que su mamá y los vecinos le han ayudado a reconstruir una imagen de lo que fue su papá. Muchas historias le sugieren una forma de recordar y algunos comentarios le justifican la muerte, como cuando los vecinos le dicen “su papá era buena persona, pero estaba en malos negocios, menos mal usted no es así”. Y de alguna manera Daniel aceptó la mala imagen de su papá como una forma de no sufrir su muerte.

Victoria Díaz explica que la imagen creada del ser amado es importante porque permite realizar el duelo y responder de una manera única frente al hecho doloroso, en especial el asesinato. “La construcción simbólica que se transmite al hijo frente al padre es fundamental. Realmente cuando amamos y hacemos el duelo, lo hacemos no al ser material sino al ser psíquico, que es un objeto idealizado, un ser marcado por las historias familiares, por los relatos, por las características

y cualidades que se le narran al hijo acerca de lo que fue su padre. Incluso hay hijos que no conocieron a su padre porque la violencia se los arrebató de manera muy temprana y aun así hacen el duelo por un padre que ha sido construido a través de las palabras llenas de cualidades o defectos de su progenitor”, explica Victoria.

Los imaginarios que se reproducen de la figura paterna pueden determinar la vida del hijo y su relación con el mundo. Daniel recuerda que “hace poquito un parcerero me dijo: ‘parce, usted como es de buena persona y no tiene papá’, eso me dejó pensando mucho y no había visto esa relación de cómo el hecho de no tener papá significa para la gente ser mala persona”.

La muerte de Fabián ha hecho que Daniel reflexione a partir de lo que le cuentan. Uno de los momentos que más le quedó marcado fue aceptar la muerte de su papá como la cura de la enfermedad. “Una vez me puse a pensar mucho y sentí muchas cosas cuando mi mamá me dijo: ‘yo creo que fue mejor que hubieran matado a su papá, porque en estos tiempos usted hubiera sido como él’. Ser el hijo de un pillo que se mantiene en el barrio bacaniaio, tiene poder y hace lo que se le da la gana. Eso es verdad, yo sentía eso y qué alivio que mataron a mi papá”, cuenta Daniel.

Luz María reflexiona sobre esto y piensa que hemos normalizado muchos discursos culturales que han aceptado la muerte. “Nosotros pensamos que hay vidas que merecen ser matadas y ninguna debe ser matada, por nada. No hay una sola razón que justifique que tú mates. Pero en Medellín tenemos un doble discurso de que hay personas que sí merecen morir. Pensamos que hay vidas que no merecen ser reconstruidas. En Colombia no hemos entendido que está prohibido matar”, añade Luz María.

A Daniel le justificaron la muerte de su padre, reflexiones le negaron el llanto y le reprimieron la idea de extrañar a Fabián porque “menos mal mataron a su papá”.

\* Se han cambiado algunos nombres por petición de la fuente.

### **Las muertes de papá**

Mi papá ha muerto cuatro veces, tres de esas eran mentira, dos me aliviaron el sentimiento de su ausencia, una fue de verdad y en esa lo mataron.

Aun así, yo creo que mi papá está vivo.

#### **El cielo**

*A veces quisiera quedarme con la primera versión de tu partida. Imaginarte como decía mamá, subiendo a un lugar más amable detrás de las montañas porque ahí pensaba que era el cielo.*

*A veces quisiera quedarme con la primera versión de tu partida, por eso recreo un mundo con pedacitos de recortes que me voy encontrando por la vida.*

A los tres años concebía el mundo como algo que solo estaba al alcance de mis ojos, no existía el mar porque no lo veía, tampoco sabía que existían los desiertos y lo más cercano a una selva era el jardín de la abuela, lleno de plantas verdes, flores rojas y mucha tierra.

El cielo era lo que se veía detrás de las montañas porque estaban pegados y el verde se mezclaba con el azul; hasta ahí llegaba mi mundo, uno que compartía con mamá y papá.

Ese mundo estaba bien para mí, jugaba las veces que quería, dormía si me sentía cansada, esperaba emocionada la llegada de papá luego de trabajar, vivir era algo natural; pero el mundo de afuera, el de mamá y papá, no era tan amable como el mío.

En 1999 Medellín atravesaba un punto álgido en medio de una guerra que había persistido desde los años 70 con la creación de El Cartel de Medellín al mando de Pablo Escobar. En ese mundo paralelo al mío a Pablo ya lo habían asesinado en 1993 en un tejado de la ciudad, pero con él no se terminó la guerra porque la Oficina de Envigado, creada en los años 80 por el mismo Pablo, tenía el control de las rentas ilegales en la ciudad y era una estructura poderosa con una sola cabeza al mando, Diego Fernando Murillo Bejarano, alias Don Berna, y unas mini cabezas en los barrios de la ciudad. Por ejemplo en Envigado se podía acudir a “Los Peña” y a “Upegui” para solucionar problemas barriales, cerrar negocios y cobrar venganzas por medio de alternativas como el sicariato. En ese mundo de mamá y papá matar era una causa de muerte natural.

El miércoles 29 de diciembre la rutina en mi mundo fantástico seguía igual. Dormir, comer, jugar, esperar a papá. Esperar a papá, esperar a, esperar... El tiempo pasaba lento y la espera comenzaba a ser incómoda. Mamá se ausentó unas horas, salió a ese mundo violento y regresó a

casa sin papá. “Se fue al cielo”, me dijo aguantando el llanto y recordé que no era un lugar tan lejos.

Pasaban los días y me sentaba a mirar el punto donde el cielo y la montaña se unen, ahí estaba papá. Pensaba que algún día iba a ir a visitarlo, no era tan difícil llegar, solo era cuestión de caminar derecho por las calles sin perder el rumbo entre tantos edificios. Se veía cerca pero sabía que era una gran caminata y me imaginaba a papá como un hombre atlético, con bolso y botas de excursión como las botas moradas de muñequitos que me había regalado.

En la infancia el mundo se construye a partir de rutinas, cuando algo cambia el niño intenta acomodar los hábitos e identifica un faltante. Fredy Gómez es psicólogo de la Unidad de Duelo de la funeraria San Vicente y me contó que “la población infantil está entre la realidad y la fantasía, y pasan de un lado a otro muy fácilmente. La información que no le des al niño la va a completar con su imaginación y su fantasía. Hay que dar la primicia inicial para que pueda entender porque si no va a comenzar a dudar”.

La rutina en el mundo fantástico había cambiado, me cansaba de esperar mientras planeaba cómo llegar al cielo para ver a papá de nuevo, imaginaba las rutas que iba a tomar y todo lo necesario para el viaje. No concebía la gravedad de lo que era irse a ese lugar.

### **El viaje**

*“Hoy en mi ventana brilla el sol, y el corazón se pone triste contemplando la ciudad, porque te vas”*

*Parada en la puerta de la casa, miro al final de la calle y estás tú, con tus maletas en la esquina. Das media vuelta, me sonríes y haces un gesto de despedida. Esta vez no te vas a las montañas en el cielo, ahora te vas de viaje a un lugar desconocido, un agujero negro que está doblando la esquina.*

*Parada en la puerta de la casa, mirando al final de la calle, estoy yo. Tratando de despedirme y decirte que “todas las promesas de mi amor se irán contigo, porque te vas”.*

A los seis años mi mundo era un poco más grande, sabía que existían otros países, otros mundos. Veía que por el cielo volaban aviones y sobrepasaban ese límite de las montañas, entonces aprovechaba para despedirme de las personas que iban de viaje y hacía un gesto con mi mano.

Ya no era un mundo tan fantástico. En el 2002, tres años después de la estadía de mi papá en el cielo, entendía que estaba en un mundo más cruel. Para ese momento la ciudad atravesaba una explosión de guerra, el Bloque Cacique Nutibara, que fue el brazo paramilitar de la misma Oficina de Envigado en cabeza del mismo don Berna, sometió a todas las estructuras criminales como guerrillas, narcotraficantes, milicias, paramilitares y todo lo que no estuviera a su favor. Su objetivo era controlar la ciudad completa por medio de modelos de represión que iban desde la cooptación de estos grupos hasta su aniquilación.

En la ciudad comenzaba a surgir un fenómeno conocido como la urbanización del conflicto armado que, en palabras de Max Yuri Gil, coordinador de la Comisión de la Verdad en Antioquia y el Eje Cafetero, “es la gran época en que la violencia de la ciudad se conecta más evidentemente con el conflicto armado nacional, entonces hay milicias del ELN, de las Farc, Bloque Metro, Bloque Cacique Nutibara, Héroes de Granada”. En esa pelea de todos contra todos incluso llegué a atribuirle la pérdida de mi perro “mechitas” al conflicto armado, si me preguntaban qué le había pasado respondía sin dudar que se lo había llevado la guerrilla.

Frente a la espera interminable y en medio de una ciudad de secuestros, atentados y muertes me comencé a asustar. Quería que la historia encajara, y es que con el tiempo la mentira se hace insostenible, entonces mamá decidió crear una nueva historia: “el papá se fue de viaje y es un viaje muy largo”. La segunda muerte de papá fue un viaje.

Sabía qué era viajar, entendía que las personas hacían maletas para llevar las cosas necesarias para vivir un tiempo lejos de casa; me preocupé porque a papá se le había quedado lo esencial: cepillo de dientes, cobija, y comida.

“Cuando se va a explicar la muerte de un ser querido durante la etapa de la infancia es fundamental utilizar la palabra muerte para que el niño entienda la radicalidad del asunto. Si bien la muerte se concibe diferente a medida que se va creciendo, el niño debe entender que no existen necesidades fisiológicas, que es algo natural y que está con todos por el resto de la vida”, dice Fredy.

De la boca de mi mamá no salía la palabra muerte porque temía que la experiencia emocional fuera demasiado fuerte para mí, pero la ausencia de papá mezclada con la preocupación se convirtió en una enfermedad física. Mi sistema inmunológico comenzó a fallar, las defensas bajaron, mis encías sangraban, me dolía y todo se tradujo en una inflamación dental. “En ese momento el sistema emocional de los niños se desequilibra y buscan la manera de expresar su

dolor, no saben qué hacer con sus emociones ni con esa experiencia de la ausencia. Constantemente dirigen su atención al recuerdo, al anhelo y eso va a dificultar su desarrollo. Es un llamado de auxilio”, trata de explicarme Fredy en su oficina.

Durante el largo viaje de papá, mamá se tuvo que ausentar más todos los días. Las cargas económicas cayeron sobre ella principalmente y trabajaba hasta la noche. Las tareas de la escuela las comencé a hacer con la tía o la abuela, llenábamos de mirella los pesebres de navidad, si me enfermaba ellas me llevaban al médico, me bañaban, me vestían, me peinaban y jugaban conmigo. A mamá la veía muy poco pero todas las noches la esperaba con ansias, le tenía regalos, le preparaba sorpresas, le escribía cartas, hacía todo para que no se fuera de “viaje” con papá.

Cuando existe una muerte en la vida del niño hay unas implicaciones en el desarrollo mental, el cuidador se ausenta y el niño comienza a experimentar algo llamado sufrimiento que se expresa de muchas formas como la culpa. Fredy dice que la visión del mundo de los niños es egocéntrica y piensan que generalmente lo que pasa es por su culpa, eso crea problemas de autoestima, además “si pierde al padre perderá las funciones que ese papá cumplía con el niño. En una lógica patriarcal el papá ayuda a explorar el mundo, entonces el niño creará inseguridad. A las madres les toca cumplir con la función económica en la familia entonces en los niños se comienza a presentar una experiencia de soledad al cuidado de otras personas”.

En el largo viaje de papá nunca recibimos una carta o una postal, pero yo seguía esperando su regreso triunfal por la puerta de la casa, mamá también quería que su partida fuera mentira.

### ***El accidente***

*Los pequeños paseos en la moto de papá eran un ritual sagrado para mí. Una vuelta a la manzana era necesaria para poder dormir tranquila y plácida toda la noche. Me gustaba el olor a gasolina y amaba sentir el viento en mi rostro. Pero más que eso, disfrutaba ver mis manos en el manubrio junto a las de papá, simulando que era yo quien manejaba.*

*Todas las noches me sentaba en el mueble grande de la sala, el más cómodo de la casa y perfecto para las esperas interminables que me parecían la llegada de papá. Trataba de afinar mi oído y me retaba a reconocer el motor de su moto a una cuadra y media de distancia. A veces lo lograba y me invadía una felicidad infinita que me hacía saltar de mueble en mueble.*

*Una noche me senté en el gran mueble a la espera como parte de la rutina. El tiempo pasaba lento y la espera comenzó a ser incómoda, o ¿era el mueble? No sé pero ya no sentía las piernas, no había estado tanto tiempo sentada.*

La escena sangrienta de un accidente llegó a mi cabeza a los diez años. La muerte por fin era algo claro, de la boca de mamá salió esa palabra, “el papá se mató en una moto”, dijo.

Por la ventana de la casa podía ver al frente un poste en la esquina de donde estaban colgados todos los cables de energía, se veía también una señal roja de tránsito que decía PARE; imaginaba que papá llegaba en su moto y al doblar a la derecha se había enredado en la señal de tránsito y se estrellaba con el poste. Por primera vez vi a papá muerto, sin vida, con sangre. Un impacto certero y rápido que lo había dejado en un sueño profundo. Lo imaginé con los ojos cerrados, en el piso.

En Medellín la principal causa de muerte está relacionada con los homicidios y accidentes de tránsito. Un estudio realizado por Doris Cardona, docente de la Universidad de Antioquia, sobre la mortalidad por causas externas en Medellín en el periodo de 1999 a 2006, indica que el 72.9% fue víctima de homicidio, mientras que en segundo lugar se encuentra el accidente de tránsito con una tasa de mortalidad del 15.3%. Para Fredy la sociedad no tiene padres porque por parte de los hombres siempre existen situaciones complejas como la tendencia a buscar la muerte, para él generalmente la muerte violenta por homicidio o por accidente es más frecuente en hombres.

Esta versión de la muerte de papá me parecía incoherente porque a medida que yo crecía los vacíos en las historias ya no se llenaban de imaginación sino de datos reales, de ideas racionales. Aun así, en ese momento pensar en un accidente no era una idea descabellada porque la ciudad del 2006 estaba en un contexto menos violento, Medellín estaba en una especie de calma, algo llamado la “donbernabilidad” donde los grupos armados en Medellín, en medio de un pacto en el que al parecer también participó la institucionalidad, respondían a las órdenes de un solo cabecilla, todos bajo el mando de Don Berna, sí, otra vez él. Existía un control de las rentas ilegales y sobre todo un control territorial que no permitía la violencia desmedida, los homicidios disminuyeron considerablemente y le dieron paso a otro tipo de muertes.

En mi mundo ya existía la muerte y sabía que con ella la gente lloraba. A veces las tías me llevaban a un lugar frío y gris llamado cementerio, me cargaban para que alcanzara a tocar tres veces la supuesta tumba de papá, decían que era para que él supiera que yo había llegado y me

ponía feliz. Me emocionaba ir a tocarle y decirle “¡hola papá, ya llegué!”, pensaba que algún día me abriría.

“El ritual funerario se necesita para tramitar el momento, para entender la despedida, para dejar a los muertos donde tienen que estar, para separar las experiencias y tramitar las emociones. Si no se vive eso, hay una sensación de irrealidad, algo increíble. Es la despedida definitiva y los niños también deben tener la posibilidad de despedirse de su ser querido”, me explica Fredy.

Ese fue mi primer acercamiento con una de las muertes de papá pero aun así seguía siendo un sentimiento extraño para mí. En las películas veía que la gente se vestía de negro unos días, había un ataúd con el muerto adentro, que había que dejarlos debajo de la tierra, pero nunca vi nada de eso, para mí no existía mi papá en el ritual del entierro.

La muerte me parecía irreal, algo extraño que generaba cosas en mí. Fredy Gómez dice que con la muerte violenta se pueden presentar respuestas generales como la tristeza pero también hay un sentimiento de miedo e inseguridad debido a una pérdida imprevista. Además se pueden presentar episodios paranoides en los niños, por ejemplo, en las noches los sonidos de las motos me generaban temor, sentía que me iba a pasar algo malo. La violencia además de la vida, arrebató los sueños, los gustos y las pasiones. La moto que fue algún día símbolo de felicidad ahora se convertiría en mi subconsciente en una señal de peligro.

### **El homicidio**

*“Y es que contigo la vida tiene que ser de verdad, tiene que sentirse lindo ser en tu historia el galán, y susurrarte al oído cuanto te vuelva a encontrar: mírame, queréme, séntate conmigo y contáme tus penas cumbiana, tus sueños sublimes contáme...”*. Cumbiana, Carlos Vives.

La muerte verdadera tocó la puerta de mi mundo cuando tenía 12 años. Tal vez mamá pensaba que era tiempo suficiente para asimilar la noticia de un asesinato y decidió contarlo mientras veíamos las novelas de la noche. Mermó el volumen del televisor, me miró y esta vez sin rodeos dijo “la verdad es que al papá lo mataron”.

Lo que parecía una respuesta definitiva, y debería cumplir ese papel, se convirtió en la llave de entrada a un mundo de preguntas infinitas: ¿Quién?, ¿cómo?, ¿cuándo?, ¿dónde?, ¿por qué?, ¿por qué?, y ¿por qué?

Comenzaría entonces la vida en incertidumbre plena, pero dentro de ella existiría una certeza que esa noche se expresó con voz fuerte, lágrimas y la determinación que se puede tener a los 12 años: “mamá, yo los voy a matar”.

Cuando los niños se enteran de que la muerte de su ser querido fue de forma violenta, generalmente nacen respuestas como la tristeza, el dolor, pero “hay un marcado sentimiento de enojo, de mucho malestar y aparece el sentimiento de venganza, los niños piensan en coger a los malos o volverse malos para matarlos”, explica Fredy.

La venganza que se seguía multiplicando en cada esquina de la ciudad por décadas, ahora se reproducía en mí; y la Medellín de mis 12 años estaba convulsionada por una nueva guerra de poderes. En 2008, tras la captura y extradición el 13 de mayo de Diego Fernando Murillo Bejarano, el mismo don Berna, se dio un proceso de reorganización de la misma estructura que venía controlando el mundo criminal en Medellín: la Oficina de Envigado. La ausencia de poder de alias don Berna provocó que Erickson Vargas, alias Sebastián y Maximiliano Bonilla, alias Valenciano, ambos mandos medios de esa estructura, se disputaran el control, el poder, y las rentas ilegales de la ciudad. Esta competencia aguda entre dos alas de la Oficina provocó el aumento de homicidios de forma radical. Según registros de Medicina Legal en 2007 se presentaron 771 asesinatos, mientras que en 2008 la cifra llegó a 1.045, y posteriormente llegaron cifras mucho más altas como en el 2010 con un conteo de 4.213 muertos. La ciudad crecía en un ambiente propicio de fronteras invisibles, odios, venganzas y más guerras.

Esas reestructuraciones del mundo criminal en Medellín, son como los juegos pirotécnicos y los voladores que por “coronar” una vuelta estallan sin previo aviso dejando en medio a una comunidad víctima que se pregunta si es pólvora o bala; además deja también muertos a muchos otros cabecillas de barrios, sicarios y lava perros de un bando y de otro. Mamá, sin ser ajena a ese contexto, se valió de esto para calmar mi deseo de venganza y trató de explicarme que los asesinos de papá ya estaban muertos; sin embargo, unos años después descubriría que solo era una mentira más para agregar a la lista.

Como en un bucle del tiempo mamá decidió reconstruir los hechos, minuto a minuto. Caminamos entre las calles hasta llegar al barrio La Paz ubicado en Envigado. Al frente de la parroquia María Reina de La Paz vimos una cancha de fútbol, y a los lados algunas jardineras que en los partidos hacían el papel de gradas. Ahí mataron a papá.

El 29 de diciembre de 1999 una llamada rápida alertó a mamá del asesinato. Al llegar a ese lugar un grupo de gente rodeaba la escena, no por morbo, tal vez porque en Medellín la violencia nos obligó a asomarnos en cuanto tragedia existía para asegurarnos de que la víctima no era nuestra.

Ese día sí fue el nuestro. Papá recibió dos disparos en la parte trasera de la cabeza mientras veía un partido de fútbol hacia las diez de la noche, en esas gradas improvisadas y llenas de plantas. Ese día llevaba puesto un blue jean, una camisa de rayas verdes y un par de tenis azules marca Adidas.

Parada en ese lugar imaginaba la escena de su asesinato, las personas al rededor, el dolor de mamá, los gritos, la sangre. Lo vi en mi mente otra vez sin vida, boca abajo como dormido. Las baldosas de cuadros vino tinto separadas por el granito y el asfalto se llenaban de un líquido espeso y viscoso, mientras el cuerpo grande de papá las ocupaba. La escena no se borra de mi cabeza incluso 21 años después, y al pasar no puedo evitar mirar, respirar y volver a recrear el momento con un gesto de lástima.

Dos sicarios en una moto DT fueron los encargados de ejecutar una orden que venía de “arriba”, pues los responsables del crimen eran ‘veteranos’ de la Oficina de Envigado, la misma estructura que seguía respondiendo por las rentas ilegales en la ciudad y resolvía conflictos con los medios más disponibles como las armas. Esta organización ya se había configurado como una gran franquicia de bandas criminales con sucursales en varias zonas del Valle de Aburrá, todas rindiendo responsabilidad a una misma autoridad en muestra de una jerarquía definida y vertical.

1999 fue catalogado como uno de los años más mortales según el informe del Centro Nacional de Memoria Histórica: *Medellín: memorias de una guerra urbana*. Para ese momento en la ciudad comenzaba apenas a asomarse la cabeza de un gran monstruo que traería más muertes comenzando el año 2000 un fenómeno conocido como la urbanización del conflicto armado. Papá fue una víctima que se sumó a la tasa de 167 homicidios por cada cien mil habitantes.

Sobre el asesinato, mamá seguiría mintiendo; la verdad la conocería muchos años después, mientras tanto las excusas eran frecuentes y extrañas: fue por robarle, fue porque lo confundieron, porque estaba progresando, porque se metió con la persona equivocada, porque sí, porque no, porque no sabemos... Todas esas versiones ahora iban a defendernos del escarnio público y de lo que significa tener una víctima asesinada; porque en Medellín jugamos a dos bandos, vivimos en una doble moral que nos niega la tristeza, nos empuja a justificar la muerte violenta y aceptar solo

la muerte natural; nos cierra los ojos y nos anima a esconder debajo de todos los tapetes de las casas lo que no queremos que vean, no concebimos que matar en Medellín se ha convertido en una causa de muerte normal.

Finalmente terminé haciéndole el duelo a una mentira, a muchas mentiras. Según el psicólogo de la Unidad de Duelo, Fredy, cuando existen varias versiones sobre la muerte de un ser querido “es perjudicial para el niño porque hay un proceso de duelo incorrecto. Cada muerte tiene implicaciones distintas y si se dan varias versiones entonces el niño va a terminar confundido porque no sabe cuál muerte procesar”.

La confusión, la incertidumbre y la desconfianza se hacían paisaje ante mis ojos y buscaba constantemente respuestas de un papá que no recordaba ver, escuchar, actuar. A todas esas preguntas se le sumaban ahora las cuestiones de un asesinato que tampoco vi, ni escuché, y de un duelo que mucho menos elaboré.

“Una cosa es hacerle duelo al pasado, a una historia, a unos recuerdos; pero otra cosa es hacerle el duelo a la expectativa y al ideal, ¿cómo hubiera sido la vida con el papá? Este duelo está marcado por la idealización y construyen en su mente cómo es un papá”, agrega Fredy.

Tal vez por eso cada tanto pensaba en encontrar a papá en algún lugar parecido a lo que pensaba que era el paraíso, con montañas, ríos, animales... Y estando los dos sentados en una mesa nos mirábamos a los ojos, y en medio de la calma le preguntaría ¿cómo estás?, ¿qué te pasó?, ¿cómo fue?, ¿te dolió?, ¿en qué pensaste cuando moriste?, ¿pensaste en mí?..

### **Te busco**

*“Olas que esfuman de mis ojos, a una legión de tus recuerdos. Me roban formas de tu rostro, dejando arena en el silencio. Te busco perdida entre sueños... Te busco volando en el cielo”. Te busco, Celia Cruz.*

Un video que parecía grabado con una cámara aficionada me mostraría las primeras imágenes de mi papá. El 20 de junio de 1994 la boda de mamá y papá fue el espectáculo principal de las dos familias, y mi tío se encargó de perpetuar en el tiempo cada detalle con su videocasetera.

En esas tomas movidas y desenfocadas pude ver a mamá con su vestido blanco impoluto subiéndole las escalas de la iglesia María Reina de La Paz, el coche negro adornado con serpentinas y flores blancas, los familiares ansiosos, y un señor vestido de negro con una flor blanca en el

pecho y una sonrisa espléndida que sería mi papá. Lo reconocí porque mamá gritó al verlo en la pantalla: “¡es él! ¡Ese es el papá!

Por primera vez lo vi moviéndose, riéndose, actuando. Lo vi estando vivo. Su voz se me hizo extraña, sus acciones también, lo único que se me hizo familiar y cercana fue su sonrisa, la que había visto en mil fotos, hasta en sueños. Luego, mamá y yo comenzamos a recordar.

Papá era un hombre de estatura promedio, de nariz pronunciada, sonrisa amplia, dientes grandes, ojos expresivos. No tenía mucho cabello, prefería motilarse cada tanto, aunque en su juventud si lo llevaba hasta los hombros.

Era feliz aunque la muerte le rondó muchas veces, incluso en su infancia. Vivía de accidente en accidente pero se aferraba a la vida hasta el último minuto. Reía siempre, hacía bromas y travesuras como un niño de cinco años.

Disfrutaba de las fiestas en el barrio La Paz. Era un “bacán” según sus amigos, los que 22 años después de su muerte lo siguen llorando y recordando con la voz entrecortada. Tenía muchos apodos: calajan, yarumo, cuñado, carlangas, cala. Lo recuerdan como el más amigo, el más fiel entre todos, el líder, el de los sancochos, las acampadas, los cotejos de cuadra cerrada y los bailes interminables.

Al paso que los amigos me cuentan historias, lo imagino sonriendo en medio de una parranda, las luces del alumbrado público le iluminan el rostro mientras baila al ritmo de las trompetas que suenan en las canciones de El Combo de las Estrellas, qué nota. Una nota ver e imaginar por primera vez a un papá vivo, feliz, un papá real.

Nació el 25 de diciembre de 1967, el sexto de siete hijos. El más compinche de las cinco hermanas, todas acudían a él para todo. Era el hermano preferido, el que las hacía reír, las llevaba a los bailes, les conocía los novios y les guardaba secretos; a cambio él conseguía que lo mimaran en las tusas y le prepararan sopas deliciosas que solo ellas sabían cocinar. De cada una tenía un plato preferido, y a todas las quería por igual.

Las lágrimas tampoco se hacen esperar en los ojos de sus hermanas, en especial una de ellas que aceptó la muerte de papá como la muerte propia. Ella, rubia de ojos claros, lunar en el labio superior y una belleza que la sigue acompañando a través de los años, lo recuerda como el hermano excepcional, la felicidad de sus días, el amor incondicional y la tristeza que hasta hoy le sigue nublando la mirada.

En mi mente como en aquel video, solo llevo grabada la sonrisa de papá y el sonido de su risa, la misma con la que enamoró a mamá entre chiste y broma. Era un buen novio, respetuoso, detallista, atento y comprometido. La quería como a ninguna otra mujer, mamá lo celaba como a ningún otro hombre. Se divertían en las clases de matemáticas mientras se pasaban las respuestas del examen, les gustaba acampar, bailar, soñar juntos. Tenía un temperamento fuerte pero siempre fue sensible cuando de amar se trató. Se quisieron hasta el último minuto.

Durante mi adolescencia buscaba inconscientemente en los muchachos que me gustaban algo que me recordara ese amor de novela que vivió mamá con papá. Una práctica que acompañaría mis romances tempranos porque ignorar el idilio de ellos era casi imposible.

A papá le gustaba jugar fútbol, trabajar, hablar con los amigos, jugar parques y cartas con la abuela que siempre delataba su juego en los lentes; su pasatiempo favorito era armar rompecabezas gigantes de paisajes imposibles con todas las tonalidades de pasto existentes.

A mí armar el rompecabezas de un papá me parecía fascinante y emocionante. Me sentía orgullosa de la imagen que había construido de papá a mis 21 años gracias a los pedazos de recortes de la memoria de otras personas que ahora formaban una imagen clara de un papá real. Según Fredy, el psicólogo, generalmente el duelo en los niños es muy doloroso porque no recuerdan nada, ni el rostro de ese ser querido. Por eso, es importante crear recuerdos alrededor de esa persona para que el niño entienda quién era y cómo era.

Aun así, a la imagen creada de papá le oscurecía una mancha, había un vacío, una pieza faltante. Frente a su asesinato todavía hacían falta detalles contundentes, preguntas que me siguieron rondando: ¿quién fue?, ¿por qué?

Unos papeles que mamá guardaba en una carpeta debajo de su ropa en el closet fueron los primeros hallazgos que pensaba me ayudarían a resolver esas dudas y por fin reconstruir el faltante en la historia.

El primero en la carpeta era el Registro Civil de Defunción de papá, expedido el 11 de enero del 2000, 13 días después del asesinato. Un documento con poca información, datos del inscrito, mi papá, con la hora, fecha y lugar de la muerte; y del denunciante, un amigo de la familia.

Como en orden cronológico el segundo en el archivo de mamá era de Medicina Legal, expedido el 12 de enero del 2000. El documento hacía constar que la necropsia al cadáver de papá se había realizado el 30 de diciembre de 1999, apuntando que su deceso obedeció a causa violenta.

El tercer documento correspondía a la Fiscalía donde constaba que la investigación del asesinato se adelantaba en el despacho de Envigado. El encargado era Omar Rivera Bravo, Fiscal 18.

Confirmado el día de la muerte, confirmado el asesinato, confirmado el proceso de investigación; aun así las preguntas seguían inconclusas.

Mi primer acercamiento a la Fiscalía fue aterrador. En Envigado, un edificio gris y frío por dentro hacía las veces de despacho. Esperé en una sala con unas sillas para que alguien me atendiera mientras llegaban los funcionarios de la hora del almuerzo. En el televisor daban las noticias a punto de terminar dando paso a las novelas turcas.

Me hicieron pasar a una oficina pequeña: un escritorio, una silla, dos funcionarios y estanterías llenas de archivos. Miraba impaciente dónde podría estar papá en medio de tantos papeles. Luego de atender mi requerimiento de ver el archivo judicial de papá, la respuesta fue sencilla, rápida y contundente: “no”.

“No, no puedes ver el archivo de tu papá, tampoco lo puedes prestar porque no se establecieron los presuntos responsables. Lo único que te puedo decir es que todos los disparos los recibió en la cabeza”, apuntó la funcionaria con la frialdad del caso.

Me dejó ver la portada del archivo judicial, como una prueba de que si era verdad que habían investigado. Esa imagen se quedaría grabada en mi cabeza, ningún otro papel me había impactado tanto como ver ese libro gordo, amarilloso, viejo y a máquina de escribir. La portada tenía el logo de la Fiscalía General de la Nación que curiosamente es una ficha de rompecabezas, la que pensé que me faltaba.

Ahí estaba contenida la muerte de mi papá y la vida sostenida y estancada de las hermanas, los amigos, la esposa y la hija que siempre esperamos una respuesta.

Pablo Mora es artista plástico y en sus obras expone la decadencia del Estado, el olvido de las instituciones políticas y la inutilidad del archivo judicial. En su obra “22 de octubre” Pablo retrata lo que sentí cuando vi el archivo de papá: el olvido y la forma en cómo las vidas se reducen al archivo, al documento, al clip que sujeta las hojas, al óxido que las corroe y el tiempo que les pasa dejando marcas amarillas y cafés.

Pablo también fue víctima de la violencia homicida de la ciudad, a su papá también lo asesinaron y me cuenta que “la forma que encontré para decantar ese sentimiento de impotencia

frente a la muerte de mi papá y frente a la ausencia del Estado fue a través de la obra plástica. Para mí es como una obsesión trabajar el tema de ese Estado que como un fantasma va desapareciendo”.

El arte se ha convertido para Pablo la forma de tramitar el duelo y hacer algo frente al descontento, la ira y el dolor de la pérdida violenta e injustificada de un ser querido. En sus obras rescata el olvido de la justicia y materializa lo que pasa después de un hecho violento en las vidas de las personas.

“El Estado no solamente tiene que perseguir a las personas que cometen hechos violentos sino que también tienen que tener los instrumentos necesarios para que haya un restablecimiento del orden, de cierto orden dentro de las familias. La vida se distorsiona y se afecta completamente, los proyectos se arruinan, se pierden las dinámicas sociales establecidas. Es una cadena que arruina la vida de las personas”, señala Pablo.

Un archivo fragmentado, olvidado y a la vez inútil es también la consecuencia de la ruina de las instituciones y de la justicia en el país, posteriormente ese deterioro tiene muchas implicaciones sociales, como una piedra en el zapato de las víctimas que siguen buscando respuestas.

“Colombia es un Estado muy lánguido, muy pobre. El Estado dificulta tremendamente los proyectos de vida de las personas y los enreda. Todo se vuelve una solicitud, hay personas que la vida se les vuelve un expediente”, comenta Pablo.

La vida de mi familia no se había vuelto un expediente y una búsqueda constante porque según la funcionaria nadie quiso continuar con la investigación; aunque Pablo y yo coincidimos con la idea de que “la justicia debe hacerse cargo absolutamente, las víctimas no tendrían que hacer nada, ni llamar a ver cómo va el caso; la justicia debe dar respuestas e investigar”, añade Pablo.

La portada del archivo judicial de papá también tenía su nombre en letras mayúsculas seguido por un apartado que miré detenidamente por varios minutos: “Responsables: N.N”. Sabía que no eran tan desconocidos por las versiones que se escuchaban en el barrio y algunos nombres sueltos que a veces mis tías soltaban al aire en medio de las conversaciones.

En uno de los partidos amistosos de la cuadra, papá y un amigo habrían tenido una discusión con un jugador, sin saber que sería el sobrino de un ‘duro’ de la Oficina de Envigado. La situación empeoró cuando papá y su amigo decidieron avivar la pelea en medio de los tragos y la celebración de la victoria de Atlético Nacional en un partido contra Independiente Medellín. En medio de la

euforia y el orgullo encontraron a su rival del partido semanas atrás y en medio de puños y cachazos dieron por terminado el conflicto con el sobrino del duro.

El problema llegó a oídos de Jairo Peña, integrante de la Oficina de Envigado, quien dio la orden a alias Beto de ejecutar el asesinato de papá y su amigo. Beto, a su vez, decidió encargar a un sicario primiparo en el negocio para hacer “la vuelta”. Todo estaba planeado, a papá lo estarían buscando desde ese mismo día pero solo pudieron asesinarlo diecisiete días después.

Según el CNMH “los más simples conflictos cotidianos —como los celos, la envidia, una burla o un insulto— encendían los ánimos y la disponibilidad de armas que existía en su territorio lo hacía más grave. En medio de ese estado, la resolución de los conflictos cotidianos llegó a estar definida por la facilidad para conseguir los medios para acabar con la vida de los demás”.

De todas las versiones que mamá había inventado a lo largo de mi vida y de la suya, está que parecía la más absurda era al mismo tiempo la más lógica, la que me repetían con detalles exactos hermanas, amigos, sobrinos de papá. Había encontrado la razón verdadera de su asesinato que dolió más o igual a la noticia de su muerte.

Para el abogado Mauricio Urquijo encontrar los responsables directos e intelectuales del crimen de papá es difícil porque “el Estado prioriza los recursos a lo más urgente, lo más básico y se dejan escenarios descubiertos como los crímenes de los barrios. En Medellín hay tantas armas que no se sabe de dónde salieron, entonces digamos que dar con los responsables se vuelve difícil. Además de eso, hay contextos que dificultan la investigación judicial, por ejemplo conseguir testigos o hacer entrevistas de campo; es una situación riesgosa porque los testigos no van a hablar y el investigador no va a buscarlos por el contexto al que se exponen”.

La Fiscalía solo pudo entregarme un papel, un certificado que daba constancia de la investigación por homicidio que se adelantó en Envigado a cargo del Fiscal 18. El caso se archivó el 14 de julio del año 2000, solo siete meses después del asesinato.

Frente a los procesos judiciales, Mauricio piensa que “si tuviéramos mejores condiciones de investigación es posible que se logren establecer con mayor precisión estos casos. Pero cuando la fiscalía encuentra que hay falta de pruebas entonces simplemente archiva el caso por la imposibilidad de continuar con la investigación y esa imposibilidad normalmente la da la propia ineptitud del estado para hacer investigación judicial”.

La política criminal colombiana se ha encargado de mostrar resultados, de parecer eficaz y publicar sus logros en todos los medios de comunicación. Las condenas se producen con agilidad y las penas se refuerzan con el aumento desproporcionado de años.

Para Mauricio el Estado es fuerte con los débiles y débil con los fuertes porque “el Estado cuando declara ciertas preocupaciones por el orden público persigue a costa de las garantías que sea a las personas más fáciles de perseguir, pero por otro lado se muestra absolutamente débil e incapaz de perseguir delitos en los que es necesario el mejoramiento de la investigación judicial, por ejemplo el homicidio. Ahí el estado es absolutamente incapaz, le queda grande todo; cuando se requiere hacer investigación judicial y perseguir organizaciones, eso no lo hacen, porque eso es costoso, demorado, no produce resultados visibles”.

Físicamente es imposible investigar y castigar todos los delitos que ocurren en un país, teniendo eso en cuenta sería apenas lógico priorizar y movilizar los recursos a investigaciones de delitos que se consideren urgentes o de mayor importancia social. Los vacíos de justicia producidos por la mala distribución de los recursos en materia de investigación desembocan en la búsqueda de justicias alternativas o por mano propia, mientras el Estado mantiene sus discursos políticos dándole prioridad a casos fáciles.

Mauricio cree que “lo más importante para el estado es la lucha antidrogas, entonces aquí no importa la vida, aquí no importa la libertad, la integridad y la formación sexual, aquí no importa la desaparición forzada, aquí lo que importan son las drogas entonces hacia allá se movilizan los recursos. Para nosotros es una especie de valor en sí mismo el tema de la venganza, la justicia callejera, y el hecho de que consideremos que la justicia equivale a esa clase de reacción”.

El caso de papá fue un caso sin prioridad. Un asesinato más en la ciudad, un pleito más sin resolver, una investigación sin testigos, sin responsables, sin pruebas. Papá murió eternamente para el Estado, para la Fiscalía, para todos los que se olvidaron del valor de la vida humana. Para mí no.

Fredy dice que cuando el niño encuentra el camino para el duelo, el papá se queda en el corazón, no en un viaje que se puede interiorizar como un abandono y se vive con ausencia constante.

A papá ya no lo vivo como un vacío, como una espera sin retorno. Papá sigue vivo dentro de mí, y aunque me duele, florece todos los días y echa raíces fuertes que me recuerdan que la vida importa más que cualquier otra cosa.

## Referencias

- Bacará, S. (2008). Padre, acerca a mí ese cáliz: consecuencias de la Función Paterna en el contexto de la violencia juvenil. *Ethos Educativo*, No.43, pp.87-97.
- Balbín, J. (2009). Ciudad y conflicto urbano. *Euphorion*, No.04, pp.22-28.
- Botero, H. (2008). Cuando papá no está: la ausencia del padre como un factor generador de violencia. *Psicoanálisis: Revista de la Asociación Psicoanalítica Colombiana*, No.01 Vol.20, pp.61-81.
- Centro Nacional de Memoria Histórica. (2017). *Medellín: memorias de una guerra urbana*. Bogotá: Centro Nacional de Memoria Histórica.
- De Castro, S. (2005). Impunidad, venganza y ley (más allá del reverso de la ley del padre). *Desde el Jardín de Freud*, No.005, pp.226-240.
- Guerrero, M. (2016). La investigación cualitativa. *Innova Research Journal*, Vol. 1. No. 2, pp. 1-9.
- Hernández Sampieri, R. (2006). *Metodología de la investigación*. Interamericana Editores, S.A.
- Informe Plataforma conflicto urbano y jóvenes. (2003). Estado del arte: conflicto urbano y jóvenes.
- Jiménez, B. (2005). La muerte violenta de un hijo: ¿Continuar o romper con el ciclo de la violencia? *Trabajo Social*, No.7, pp.33-46.
- Klevens, J., Restrepo, O., Roca, J. (2001). Algunos factores que explican la resiliencia de los hombres jóvenes en Colombia. *Informes Psicológicos*, No.03, pp.21-29.
- Marín, P. (2012). *Significación de la pérdida violenta del padre en niños víctimas del conflicto armado del municipio de San Vicente de Ferrer* [monografía de grado, Universidad de Antioquia]. Biblioteca Carlos Gaviria Díaz.
- Ocampo, N. (2015). *Desaparición forzada de padre: una ausencia que se hace presente* [monografía de grado, Universidad de Antioquia]. Biblioteca Carlos Gaviria Díaz.
- Sistema de Información para la Seguridad y la Convivencia [Sisc]. (2019). <https://bit.ly/3uP7c6y>
- Taylor, S., Bogdan, R. (1992). *Introducción a los métodos cualitativos de la investigación*. España: Paidós Básica.
- Tobón, L. (2005). *Aspectos psíquicos del doliente por la muerte violenta de un ser querido* [monografía de grado, Universidad de Antioquia]. Biblioteca Carlos Gaviria Díaz.